

SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCIÓN DE
VICTORIA OCAMPO

DICIEMBRE DE 1948

AÑO XVI

BUENOS AIRES

STUR

FRANKLIN BIRNELL

RECTOR OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL.

UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILL.

S U M A R I O

H E R M A N N H E S S E

EL CORTAPLUMAS PERDIDO

S I L V I N A O C A M P O

CANTO

V I C E N T E B A R B I E R I

ENERO DE VEHEMENCIAS

F R A N C I S C O A Y A L A

EL MENSAJE

R O B E R T H A M I L T O N

EL DESAFÍO DE ALDOUS HUXLEY:

"LA FILOSOFÍA PERENNE"

CRÓNICAS

NOTAS ☆ ENSAYOS ☆ *Alvaro Fernández Suárez*: Jean - Paul Sartre y el problema judío ☆ *Dardo Cúneo*: Alfonso Reyes: "Grata compañía"; "Entre libros"; "Letras de Nueva España" ☆ NOVELA ☆ *María Rosa Oliver*: Christopher Isherwood: "Adiós a Berlín" ☆ *Eduardo González Lanuza*: Hermann Hesse: "Narciso y Goldmundo" ☆ ESPECTÁCULOS ☆ *Daniel Devoto*: La "Historia del Soldado" ☆ CALENDARIO

THE HISTORY OF

THE

REIGN OF

CHARLES THE FIRST

BY

JOHN BURNET

IN TWO VOLUMES

THE SECOND

VOLUME

BY

ROBERT HANCOCK

ESQ.

LONDON

Printed by R. and J. DODD, in Pall-mall

1720.

Price 1s. 6d.

Half-bound in leather.

By the same Author.

THE HISTORY OF

THE

REIGN OF

CHARLES THE SECOND

BY

JOHN BURNET

EL CORTAPLUMAS PERDIDO

Ayer perdí un cortaplumas y a causa de ello comprobé sobre cuán débiles bases se asientan mi filosofía y mi disposición para aceptar el destino: una pérdida tan pequeña me ha conmovido más allá de toda medida, y aún hoy sigo pensando en aquel cortaplumas, no sin reirme de mi propio sentimentalismo.

Mal signo, que su pérdida pueda afligirme tanto. Entre las peculiaridades que yo mismo me censuro y combato, sin lograr vencer, está el aferrarme con gran cariño a las cosas que he poseído. Siempre es para mí una molestia, cuando no un pequeño dolor, separarme de un traje, de un sombrero, de un bastón que he usado mucho tiempo —qué decir de una casa en la que he vivido durante años—, sin hablar de adioses y alejamientos más tristes. Y aquel cortaplumas era de los pocos objetos que habían sobrevivido a las peripecias de mi vida, acompañándome a través de todas las mudanzas.

Aún conservo, a decir verdad, algunas baratijas consagradas por el pasado lejano: un anillo de mi madre, un reloj de mi padre, un par de fotografías y recuerdos de mi niñez. Pero son objetos de museo: yacen en un cajón y salen a la luz en muy raras ocasiones. El corta-

plumas, en cambio, era un objeto de uso cotidiano; cuántas veces lo guardé en el bolsillo, lo saqué del bolsillo, lo usé para el trabajo o el juego, lo afilé en la piedra. A veces, también, lo perdí para volverlo a encontrar. Sentía cariño por ese cortaplumas, y bien merece una elegía.

No era un cortaplumas ordinario (de esos he tenido muchos en mi vida). Era un cuchillo de jardín, con una sola hoja muy fuerte, curvada en forma de media luna y terminada en un sólido mango de madera pulida; no era un objeto de lujo o de ocio; era un arma seria, un instrumento genuino, de diseño antiquísimo, garantizado por el uso. Estos diseños provienen de la experiencia ancestral de nuestros padres y a menudo resisten largo tiempo el empuje de la industria, que ambiciona reemplazarlos por otros no probados, nuevos, fútiles, sin sentido. ¿Acaso la industria no basa su existencia en las veleidades del hombre moderno, en el cansancio que le inspiran los objetos con los cuales trabaja o se divierte, en su afición a cambiarlos sin nostalgia y con frecuencia? Si cada hombre, como en los viejos tiempos, comprara una sola vez en su vida un cuchillo fuerte y noble, y lo conservara con esmero, ¿a dónde irían a parar las fábricas de cuchillo? No; hoy cambiamos, a cada momento, cuchillo, tenedor, gemelos, sombrero, bastón, paraguas; la industria ha conseguido someter a la moda todas estas cosas, y de las formas diseñadas para una temporada no puede esperarse que posean la belleza, la vida y la legitimidad de las formas viejas, auténticas, justificadas por el uso.

Recuerdo muy bien la mañana en que entré en posesión de mi hermoso cuchillo de jardín en forma de hoz. Por entonces yo me sentía en mi apogeo desde todo punto de vista. Me había casado hacía poco, estaba libre de la ciudad y del encierro de un oficio necesario, acababa de establecerme, dependiendo exclusivamente de mí mismo, en una hermosa aldea junto al lago Constanza; mis libros tenían éxito —yo los encontraba buenos—, un bote de remos se mecía sobre el lago, mi mujer esperaba a su primer niño; agregaré que yo estaba a punto de iniciar una gran empresa cuya importancia me llenaba de gozo: la construcción de mi propia casa y el diseño de mi propio jardín. Había comprado el terreno, tomado las medidas; y cuando recorría el lugar, sentía como algo solemne la belleza y la dignidad de aquella acción; me parecía que allí colocaba, para siempre, una piedra fundamental; que allí establecía, para siempre, un hogar y un refugio. Los planos de la casa estaban listos y el jardín, poco a poco, tomaba forma en mis sueños: imaginaba la espaciosa avenida central, la fuente, el prado, la sombra de los castaños.

Una mañana —yo andaría por los treinta años— el vapor me trajo un pesado cajón que ayudé a subir desde el muelle; venía de un comercio de jardinería y sólo contenía instrumentos de jardín: pala, palas de puntear, pico, rastrillo, escardillos (había uno, con cuello de cisne, que me encantaba sobremanera) y otras cosas de la misma especie. Y entre ellas, envueltos cuidadosamente, algunos objetos más pequeños y delicados que descubrí y examiné con alegría; allí estaba el cuchillo corvo; en seguida lo probé: saltó el tenso resorte, y ante mis ojos relampagueó

el acero flamante y brillaron las guarniciones niqueladas del mango. En aquel tiempo, el cuchillo era un detalle más, un suplemento ínfimo de mis pertenencias; estaba lejos de pensar que alguna vez sería, de toda mi hermosa y nueva posesión, de casa y jardín, patria y familia, el único pedacito que aún fuera mío y permaneciera a mi lado.

No pasaron muchos días antes de que estuviera a punto de cercenarme un dedo con el nuevo cuchillo; aún hoy conservo la cicatriz. Entretanto, el jardín estaba dispuesto y plantado; la casa, construída; año tras año, el cuchillo fué mi compañero; con él podé los frutales e hice ramos de dalias y girasoles; con él corté látigos para mis hijos y arcos para sus flechas; por entonces, yo viajaba poco; salvo en raras ocasiones, pues, pasaba diariamente algunas horas en el jardín, que yo mismo cuidaba, ocupado en cavar, plantar, sembrar, regar, abonar, cosechar; durante las estaciones frescas, mantuve siempre una fogata en un rincón del jardín; en ella ardían —transformándose en cenizas— malezas, raigones y desechos de toda clase. Mis hijos se divertían hundiendo varas y juncos, asando patatas y castañas en el fuego; y en el fuego, una vez, se me cayó el cuchillo; desde entonces apareció en su mango una marquita por la cual yo le hubiera reconocido entre todos los cuchillos del mundo.

Llegó un tiempo en que viajé mucho; ya no me sentía tan feliz en la risueña casita del lago Constanza. Abandoné mi jardín para correr mundo, como si en alguna parte hubiese olvidado lo esencial; lle-

gué hasta el extremo sudeste de Sumatra y vi las grandes mariposas verdes brillar en la jungla. Y a mi regreso, mi mujer se puso de acuerdo conmigo en que deseábamos abandonar la casita y la aldea. Nuestros hijos, ya crecidos, necesitaban instrucción; hablamos mucho de todo ello. Pero de una cosa no hablé con nadie. A nadie confesé que mi permanencia en aquel pueblo había perdido su sentido, y que mi sueño de felicidad y desahogo en aquella casa había sido un sueño falso, que debía desechar.

En la magnificencia de un viejo jardín, con árboles añosos e imponentes, cerca de una gran ciudad suiza, ante solemnes montañas cubiertas de nieve, volví a encender mis fuegos acostumbrados de otoño y primavera. También en este nuevo lugar llegó a dolerme la vida; contrariedades, desasosiegos. Buscaba yo, aquí y allá, la culpa de todo ello; a menudo, la buscaba en el propio corazón; y al mirar mi fuerte cortaplumas acudían a mi memoria las espléndidas instrucciones de Goethe para uso de suicidas reflexivos: no anhelar una muerte demasiado fácil sino merecerla heroicamente y clavarse, por lo menos con la propia mano, el cuchillo en el corazón. Lo cual me resultaba tan imposible como a Goethe.

Llegó la guerra del catorce. A poco advertí que ya no necesitaba buscar los motivos de mi descontento y melancolía. Todo era inevitable: lo comprendía claramente. Sin embargo, vivir en el infierno de esta época era una buena cura contra el egoísmo de la propia tristeza y de-

cepción. Apenas podía usar mi cuchillo; tenía demasiado que hacer. Y todo, poco a poco, se fué deslizando hacia la ruina; antes que nada, el Imperio Alemán y su guerra. Contemplantarlo desde afuera era una amargura inconcebible. Y cuando terminó la guerra, también en mi vida habían cambiado muchas cosas; ya no poseía casa ni jardín; tuve que separarme de mi familia; conocí la soledad y el recogimiento; a menudo, en los largos, largos inviernos del destierro, permanecía sentado en una fría habitación junto a la pequeña chimenea, quemando cartas y diarios, haciendo con el cortaplumas, al azar, incisiones en los leños, antes de echarlos al fuego; veía quemarse en las llamas, para purificarse en cenizas, mi ambición y mi ciencia y todo mi ser. Y aunque el yo, los anhelos, la vanidad y la turbia magia de la vida volvieran a enmarañarme una y otra vez, había encontrado un refugio; había aprendido una verdad: la patria que nunca pude fundar y poseer en vida, empezó a crecer en mi propio corazón.

Llorar la pérdida del cortaplumas que me acompañó por este largo camino, no es una actitud heroica, ni prudente. Pero hoy no quiero ser heroico ni prudente. Para serlo, ya habrá tiempo mañana.

HERMANN HESSE

C A N T O

¡Ah, nada, nada es mío!

Ni el tono de mi voz, ni mis ausentes manos,
ni mis brazos lejanos.

Todo lo he recibido. Ah, nada, nada es mío.
Soy como los reflejos de un lago tenebroso
o el eco de las voces en el fondo de un pozo
azul cuando ha llovido.

Todo lo he recibido:

como el agua o el cristal
que se transforma en cualquier cosa,
en humo, en espiral,
en edificio, en pez, en piedra, en rosa.

Soy distinta de mí, tan diferente,
como algunas personas cuando están entre gente.

Soy todos los lugares que en mi vida he amado.

Soy la mujer que más he detestado
y ese perfume que me hirió una noche
con los decretos de un destino incierto.

Soy las sombras que entraban en un coche,

la luminosidad de un puerto,
los secretos abrazos, ocultos en los ojos.
Soy de los celos, el cuchillo,
y los dolores con heridas, rojos.
De las miradas ávidas y largas soy el brillo.
Soy la voz que escuché detrás de las persianas,
la luz, el aire sobre las lampercianas.
Soy todas las palabras que adoré
en los labios y libros que admiré.
Soy el lebrel que huyó en la lejanía,
la rama solitaria entre las ramas.
Soy la felicidad de un día,
el rumor de las llamas.
Soy la pobreza de los pies desnudos,
con niños que se alejan, mudos.
Soy lo que no me han dicho y he sabido.
¡Ah, quise yo que todo fuera mío!
Soy todo lo que ya he perdido.
Mas todo es inasible como el viento y el río,
como las flores de oro en los veranos
que mueren en las manos.
Soy todo, pero nada, nada es mío,
ni el dolor, ni la dicha, ni el espanto,
ni las palabras de mi canto.

SILVINA OCAMPO

ENERO DE VEHEMENCIAS

Apoyabas la frente en la dureza
De un sagrado escalón, de un pétreo sueño;
Llovía por las dársenas distantes
Con permanente son, con pena viva.

A veces levantábase en el humo
Una densa teoría de esplendores.
¡El estupor de ver y de dolernos
Variedades del ánimo!
¡Los racimos del canto, cuando Enero
Abundaba en vehemencias!

Suntuoso viaje que se abría en calles
De amenazantes urbes, en el viento.
Agrias veredas donde un sol antiguo
Entristecía puertas y balcones,
En tanto tú —perdiéndote en un patio
Castigado de máscaras—,
Ibas a Enero.

Buscabas el mareo de resinas
Que se quema en el aire, por las siestas.
Te abismabas en cielos y países
De un natural, resplandeciente Enero.
Una insólita luz te enceguecía
Y alzabas en tus manos los colores
Y los volcabas en amor y duelo.

El verano, frutal incandescencia,
Ardía sangre adentro
Con un galope agónico en el pulso.

Los jóvenes dormían, con sus cuerpos
Reclinados en deltas venturosos
O en las grandes viviendas clausuradas,
O en ocultos capítulos del sueño
Con húmedas e insomnes cabelleras.

Los jóvenes soñaban sus tormentos
En tenaces penurias y contactos,
Las cinturas ahogadas en vapores
De anillos vegetales.

O surgían de extraños testimonios
Donde una luz había, clara y triste;
Pálidos y yacentes en el sordo
Rumor de las mareas.

Y las manos del sueño te alargaban
Copas de limo seco, ¡tan sediento!,
Y todos te llamaban por tu nombre
Con permanente son, con pena viva.

1932, Enero.

Aun arde su verano por los días
Y llega y se arrodilla en soledades,
Llorando junto a un árbol desgajado.

(En un soplo del tiempo se reúnen
Agónicos rumores,
Insistiendo.)

¡Enero, en fin! Caía tu corteza
Reverberante y ciega
En esas calles idas, donde el viento
Hace su remolino de abandonos.

Ciudad, árbol, peldaño, territorio:
Variedad del verano,
Que asciende en vahos lentos y mortales
Y te traslada a un descarnado Enero
De heráldica vehemente.

VICENTE BARBIERI

E L M E N S A J E

La verdad sea dicha: cada vez entiendo menos a la gente. Ahí está mi primo Severiano: ocho años largos hacía que no nos veíamos —nada menos que ocho años—; llego a su casa, y aquella única noche que, al cabo de tantísimo tiempo, íbamos a pasar juntos, la emplea el muy majadero —¿en qué?— ¡pues en contarme la historia del manuscrito!, una historia sin pies ni cabeza que hubiera debido hacerme dormir y roncar, pero que terminó por desvelarme. Y es que estos pueblerinos atiforran de estopa el vacío de su existencia rutinaria, convirtiendo en acontecimiento cualquier nimiedad sin el menor sentido de las proporciones. La visita de su primo, con quien él se había criado, y en cuya vida y milagros tanta cosa de interés hubiera podido hallar, no era nada a sus ojos, parece, en comparación de la bobada increíble que había tenido preocupado al pueblo entero, y a Severiano en primer término, durante meses y años. Me convencí entonces de que ya no restaba nada de común entre nosotros: mi primo se había quedado empantanado ahí, resignado y conforme. ¡Quien lo hubiera dicho veinte años atrás, o veinticinco, cuando Severiano era todavía Severiano, cuando aun no estaba atrapado tan sin remedio en la ratonera de aquel almacén de herramientas agrícolas donde ha de consumir sus días —*aurea mediocritas!*— envejeciendo junto a sus dos hermanas (hebras de plata: la plata de la vejez y el oro de la mediocridad), cuando soñaba con lar-

gos, fastuosos viajes, negocios colosales... Sí; negocios, sí que los ha hecho entre tanto, aunque no colosales ni mucho menos; pero ¡lo que es viajes!... No, no ha tenido que molestarse en viajar: los negocios vinieron siempre a buscarlo ahí, a su ratonera, al almacén, sin que él necesitara mover un dedo. En cambio, los viajes se han quedado para mí. ¡Menuda diversión: viajante!

—Parece mentira, hombre, —me había dicho aquella noche—, tú que tanto viajas, parece mentira que en ocho años no se te haya ocurrido venir a pasar unos días con nosotros. Y para colmo, llegas hoy, y te quieres ir mañana.

¡Que yo viajo mucho: vaya una razón! —Pues precisamente por eso —le contesté— eres tú quien debiera haberse movilizad... Haber ido a verme en Madrid, o en Barcelona... Te hubieras limpiado el moho de este pueblo aburrido, y me hubieras proporcionado con ello el gustazo de enseñarte...

—No creas —me interrumpió él—, no creas que no lo he pensado a veces. Pensaba: le escribo al primo Roque una carta, o le pongo un telegrama diciendo “¡Allá voy!”, o hasta me presento sin previo aviso... Más de una vez lo he pensado; pero ¿cómo? Date cuenta, Roquete (él siempre me ha obsequiado con este diminutivo, o más bien ridículo mote, que, desde niño, tanto me encocoraba), date cuenta: yo no puedo dejar abandonado el negocio. —Hizo una pausa importante. —Mis hermanas ¿qué te voy a decir?, ya las conoces. Águeda... —y ¡qué vieja, pensé yo al oírse la mentar, qué avejentada está Águeda, con su color amarillo verdibilioso hasta en el blanco de los ojos!; esos ojos suyos, tan brillantes, brillando como lamparillas; y la cabeza... ¿por qué demonios se aceitará la cabeza, con tantas canas como tiene? ¡canas grasientas!—, Águeda —prosiguió—, con sus eternas dolamas

y sus rabioteos domésticos, que algunos días ni ella misma se soporta. Y en cuanto a Juanita —otro diminutivo grotesco: ¡Juanita! ¡vaya por Dios!—, ésa, siempre con sus novelones y sus novenas; pues ¡hombre, ya lo has visto! los años le han dado por hacerse beata.

Tantos, tantos, la verdad es que no los tiene —reflexioné—: Juanita era tan sólo un año y siete meses mayor que yo. Claro está que para las mujeres la medida del tiempo es otra; les cuenta más. . . Pero, con todo. . . Bueno, Severiano continuaba explicándome cómo tampoco podía dejar el negocio en manos de los empleados. Eran de confianza, por supuesto; y para la cosa diaria se desempeñaban bien. Pero luego hay los cien mil imprevistos, encargos especiales, cuentas, las consultas, los viajantes que llegan (sí, los viajantes como yo, como el primo Roque; esos tipos odiosos e impertinentes que le traen a uno los negocios a su casa), —y seguía enumerando inconvenientes, dificultades, impedimentos.

—¿Crearás —se quejaba— que si alguna vez me resfrío y decido quedarme en cama no cesan de incomodarme: una cuestión tras otra, que si esto, que si aquello, hasta que yo, que tampoco tengo mucha paciencia, termino por levantarme. . . Pero ¡vaya si me hubiera gustado echar una cana al aire!

Una cana al aire, decía; y yo pensé: tiene la cabeza casi blanca, está canoso y arrugado, mucho más que yo, pese a que le llevo año y medio; decía: —. . . una cana al aire; conocer, en fin, algo de mundo.

Viajes, conocer mundo, su viejo tema. Nunca ya lo vas a conocer; morirás en este agujero ¡infeliz!, aquí en esta misma cama en que ahora estoy yo acostado. Buen favor te hizo el tío Ruperto cuando te asoció a su tienda de azadones y almocafres para que trabajases como un burro mientras él viviera, y luego dejarte el negocio. ¡Ahí, atado al pe-

sebre! Dinero, cada vez más; pero... *aurea mediocritas!* Si tal era su protección al sobrino predilecto ¡muchas gracias! ¡para él solito! Claro que mi vida ajetreada está lejos de ser tan brillante como acaso éste se figura. *Doublé!* No, no es oro todo lo que reluce, y los alicientes que pudiera tener, el uso los ha gastado hasta el aborrecimiento. ¡Viajar! ¡conocer mundo! Ya los huesos me duelen ¡ay de mí! con el traqueteo de los trenes, y los comedores de fonda me han arruinado el estómago. Son años y más años sin descanso, sin darme lo que se dice un respiro, y quien me envidie no sabe bien... Supieras tú, Severianillo... Pero ¡no!, no voy a lamentarme; no creas que voy a lamentarme; te pensarías enseguida que quería pedirte algo, que era una indirecta de mi parte. No ¡guárdate tu dinero! Además ¿por qué había de lamentarme? Cada cual, su suerte. Yo, por lo menos, no soy un palurdo empedernido; conozco el mundo, conozco la vida.

—Es lástima —le repliqué—; nos hubiéramos divertido mucho juntos; yo te hubiera enseñado los cabarets de Madrid, o de Barcelona. O los de París. ¿Por qué no, los de París?

—¿Cómo? —saltó al oírme—. Pero ¿es que también viajas tú por el extranjero?

Estabamos ambos acostados; esta conversación era de cama a cama (él me había cedido la suya y se había tendido en un catre de tijera, armado al otro lado de la alcoba) y, aunque ya habíamos apagado la luz y charlábamos a oscuras, casi diría que vi en su voz la sorpresa de su cara, el asombro, la admiración... ¿No era cosa de reírse? A mí me resultó divertido. Y el caso es que yo no había dicho nada semejante; hablaba en hipótesis, y ni siquiera sé cómo fué el ocurrírseme aludir a París en ese momento. ¡Qué absurdo! Él había quedado atónito, y yo —se comprenderá— no iba a defraudarlo ahora. Resultó

taba divertido; y, total, ¿qué importancia tenía? Seguí con la broma adelante.

—Pues ¡claro está, hombre! —le dije—. Los años pasan para todos. La última vez que nos vimos tú no vendías todavía maquinaria, sino tan sólo herramientas; ahora, tienes el almacén lleno de trilladoras mecánicas. Entre tanto, yo también he tenido que ampliar mis asuntos y, con esa ocasión ¡es natural! he salido al extranjero.

—Caramba, Roquete: ¡cómo no me habías dicho nada! Conque el primo Roque, viajando por extranjis. . .

Estaba de veras impresionado el muy simplón: ¡Caramba, caramba!, repetía. Aquello no le cabía en la cabeza. —Pero, dime una cosa: ¿cómo puedes entenderte por ahí, por esas tierras?

—Hombre, eso no es tan difícil. Hay mucha gente que sale al extranjero, y nadie hasta ahora se ha perdido.

—Pero tú no sabías idiomas, que yo sepa.

—Nadie nace sabiendo sino el suyo, y aun éste tiene que aprenderlo.

—¿Me vas a decir que has aprendido idiomas?

—Y eso ¿qué tiene? Es cuestión de ponerse a ello cuando la necesidad aprieta. Mira: por ejemplo, el italiano tú lo entiendes casi sin estudiar una palabra; es igual en un todo al español, con sólo terminar en *ini*. Acabas las palabras en *ini*, y ya te tienes hablando italiano. Si ni es idioma: es el español, hablado a lo marica. Inglés y alemán, eso ya sí, son palabras mayores. Ahí sí, tienes que sudar. . .

Yo, desde luego, hablaba en broma, pero aquel tontaina de Severiano lo tomaba todo en serio y me cerraba cualquier salida; de manera que no hubo sino seguirle la corriente. Y así fué cómo surgió la estúpida historia del manuscrito, que nos entretuvo la noche entera.

Estaba yo un poco irritado ya y quería cambiar de conversación; pero él volvía como una mosca, zumbando, zumbando: “¡De modo que has aprendido idiomas!”. Reflexionaba. Hasta que, después de un mediano silencio, agregó por fin: —Pues mañana te voy a mostrar un papelito que nos ha dado muchos quebraderos de cabeza, justamente por no haber aquí nadie que supiera idiomas.

—¿Un papel? — pregunté con desgana, y hasta fingiendo un bostezo.

Pero él comenzaba ya su relato:

—Verás cómo fué la cosa. Estaba yo una mañana en el almacén recibiendo un envío de hoces (de esto hará como dos o tres años, quizás un poco más: tres años y medio) cuando se me acercó Antonio (tú lo conoces: el dueño del hotel) y, después de algunas vueltas, me entrega un papelito doblado para ver si yo, que tantos catálogos y prospectos recibo —me dijo— podía leer lo que allí estaba escrito. Es cierto que recibo con relativa frecuencia catálogos de las máquinas; pero, por lo general, esos folletitos vienen en dos idiomas, y las instrucciones están siempre en español: esto es lo que a mí me interesa y lo que leo; si una cosa está en español y en inglés no voy a ser tan necio que me rompa la cabeza tratando de descifrar lo que viene en gringo, cuando puedo leerlo en cristiano. Pero ¿a qué darle tantas explicaciones? Sin duda que, en caso de apuro, podría quizás enterarme haciendo un esfuerzo: muchas palabras son iguales o muy parecidas a las nuestras; alguna vez que me entretuve en repasar esa jerigonza pude comprobarlo. Tanto que —entre paréntesis— he llegado a convencerme de que no hay idioma tan rico como el español; y por eso, todos los demás tienen que echar mano de nuestros vocablos: los disfrazan un poquito, a veces hasta los dejan tal cual, y ¡listo! Yo no sé si ese saqueo debie-

ra permitirse: ¡que hablen español, si quieren!; pero... Bueno, en fin: estas son explicaciones que yo no tenía por qué dárselas al Antonio, y tampoco aquí vienen muy al caso. Lo que importa es que tomé el papelito, me puse los lentes, y... Amigo, aquello no era cosa que se entienda: nueve renglones, manuscritos con buena letra, tinta azul... Pero ¿querrás creerlo? yo no pude entender una sola palabra. Recorrí las líneas, volví a repasarlas. Antonio esperaba sin decir nada. “¿Qué es esto?”, le pregunté. “Precisamente es lo que yo quisiera saber. Apuesto a que no lo entiendes”. Me miraba con socarronería; tú sabes cómo es: para él no hay respeto, no hay distancias. El hecho de haber sido compañeros de escuela... “Pero ¿de dónde has sacado este papel?”, le pregunté de nuevo. “Conque no le entiendes”. Entonces, con los mil rodeos que acostumbra, me contó que varios días antes, ausente él de la casa, había llegado a la fonda un forastero; había comido un par de huevos fritos, guiso de carnero, dulce de membrillo, y luego se había encerrado en la pieza que le dieron sin abrir el pico. La mujer había sido quien le alojó y sirvió. Regresado a su casa, Antonio quiso, según solía hacerlo, echar un párrafo con el nuevo huesped. Golpeó a la puerta y le preguntó si necesitaba de algo. ¡Nada, gracias!, le contestó una voz extraña. “¿Extraña?”, le interrumpí yo. “¿Por qué, extraña?” No supo qué decirme, y yo me reí para mis adentros. Tú sabes, Roque, lo curiosa que es la gente, y más aún, esta gente: posaderos, fondistas y demás comparsa. Les llega un cliente y, no contentos con sacarle cuanto pueden, le revuelven el equipaje, le averiguan la procedencia y destino, investigan la finalidad del viaje, dan vueltas y más vueltas antes de entregárselas a las cartas que reciben. Imagina, pues, el mal humor de nuestro hombre al encontrarse la puerta cerrada. Él dice que golpeó para preguntar; pero dice también que la puerta estaba atrancada por

dentro con cerrojo: me dirás tú cómo lo supo. Pues empuñando la falleba para hacer lo que suele: abrir la puerta, meter la cabezota con un “¿Me da licencia?” y, después de haber paseado la vista por todo el cuarto, preguntar entonces si al señor se le antoja algo. Muy seca tendrá que ser la respuesta para que no encuentre modo de enhebrar conversación: comienza a charlar desde el quicio de la puerta, y termina sentado en la cama del huésped. . . ¡Una voz extraña! El caso es que a la mañana voló el pájaro sin que él hubiera conseguido echarle la vista encima. Cuando salía, como todas las madrugadas, para esperar en la estación el tren de las 6.35, dirigió una mirada a la habitación, donde no se oía ruido alguno; y cuando regresó de nuevo a la fonda acompañado de dos huéspedes que había podido reclutar, ya el otro no estaba: a poco de salir él, llamó, pidió la cuenta, pagó y se fué; esto le dijo al Antonio su mujer; de seguro, había tomado el ómnibus que sale, frente al bar de Bellido Gómez, a las siete menos cinco. Antonio entró en el cuarto, desarreglado todavía, y ahí topó con el famoso papelito que tanta guerra nos había de dar. . . Pero ¿me estás escuchando, o te has dormido ya? — se interrumpió Severiano, extrañado de mi silencio. Y es lo cierto que yo estaba a punto ya de dormirme: en mi cansancio, veía la plaza, el bar de Bellido Gómez, y la iglesia al otro lado, muy confuso todo, casi desvanecido. . .

—No, hombre; te escucho, — le respondí.

—Pues, como te iba diciendo, ahí apareció el célebre manuscrito. Había varios papeles blancos desparramados sobre la mesa y, entre ellos, medio oculto, ése, en el que se veían varias líneas, nueve, para ser exacto, de una escritura pareja, trazadas con la tinta azul-violeta que la patrona de la fonda había proporcionado al huésped. Habrás observado, primo —precisó Severiano—, que dije *se veían* y no, como

suele decirse, *se leían*; porque es el caso que ¡ya podía uno darle vueltas!: era imposible sacar nada en limpio de lo escrito. La letra era clara, igualita; pero ¡qué había de entender Antonio, si yo mismo no entendía nada! Después de tener dos días el papel en su cartera se había decidido —como luego averigüé— a consultarlo con otro pasajero, un inspector de contribuciones que por entonces estaba en el pueblo. “¡Vea usted, don Diego, qué escritura endiablada! A ver qué le parece a usted”. El tal don Diego —que, dicho sea de paso, no es mal bicho— parece que tomó el papelito con mucha prosopopeya, lo depositó sobre el hule de la mesa, lo sometió a detenido examen allí junto a la taza del café, y... ¡que si quieres! Al cabo de un rato va y se lo devuelve: que eso estaba escrito en extranjero, y que él no tenía ahora tiempo de ponerlo en claro. “Ya, ya. Ya me lo figuraba yo”, le respondió el Antonio retirándose con su papel bajo una mirada iracunda del inspector. Bueno, eso no fué sino el comienzo de su peregrinación. Después recurrió a mi ayuda. Aunque se me llegó con mucho alarde de confianza, comprenderás que no tardé en apercibirme de que acudía a mí, su amigo de la infancia, después de haberle desahuciado un extraño. Son pequeñeces humanas en las que yo ni siquiera me fijo; pero tampoco la manera de abordarme resultó muy delicada: “Hombre, tú que siempre andas con esos papelotes que te llegan de fuera, a ver si me sabes leer esto...” En fin: eché unas miradas al escrito, y le dije: “Déjamelo para que lo estudie despacio, pues la cosa parece que tiene sus bemoles”. ¡Vaya si los tenía! Con paciencia infinita, lo repasé, una vez a solas, palabra por palabra, letra por letra, de arriba abajo y de abajo arriba. ¡Nada, nada! Ni una rendija de luz; oscuridad absoluta. ¿Concibes cosa semejante? Hasta tal punto llegó a intrigarme, que resolví tomar por mi cuenta el asunto, e investi-

garlo a toda costa, siquiera fuese por medios indirectos. Cuando cerré el almacén, me acerqué a la fonda en busca de Antonio. . .

—Pero, dime —interrumpí entonces a mi primo— ¿a tí que te importaba todo eso?

—Pues ahí está —me contestó—; no me importaba un bledo. Pero ya me había picado, no sé si la curiosidad o el amor propio, y me propuse averiguar. Ante todo le pedí a Antonio que volviera a contarme con todos sus detalles lo relativo al huésped. “Mira”, me dijo después de repetirme que el huésped había cenado huevos fritos y carnero (¡qué interesante circunstancia! ¿no?; pues nunca la omitía) y que a la mañana había desaparecido de improviso, “Mira, yo creo que ese papel debe contener alguna explicación de su huída”. “¿Cómo? Pero ¿es que se fué sin pagar?”. Me extrañaba: conozco a mi gente; y, según suponía yo: “No —me dijo—; sin pagar, no se fué; bueno hubiera estado eso. A mí, hasta ahora nadie me ha llamado tonto. Pero se esfumó sin que tan siquiera pudiese yo verle la jeta, dejándome” (¡dejándome! ¡si se creería Antonio que el tonto soy yo!) “dejándome ese papel escrito. . .”. Pero, dime —insistí— ¿qué especie de pájaro era?: ¿un corredor de comercio, un misionero, qué?”. “¿Y cómo he de saberlo yo, si no pude ni verlo? Llegó aquí el sábado a la noche, cuando yo había ido a completar los encargos para la semana, y se marchó el domingo tempranito, en el ómnibus seguramente, mientras yo estaba en la estación. Lo atendió mi mujer. Pero —comentó el Antonio— las mujeres son así: se fijan en lo que no debieran, y se les escapan las mejores. Tú, Severiano, tienes la gran suerte de estar soltero; no sabes lo que. . .”. Todo este comentario me lo hacía en voz bien alta, con la intención aviesa de mortificar a su mujer que lo estaba oyendo desde la cocina (hablábamos en el patiecillo de atrás, tú te

acuerdas de la fonda, ¿no?), hasta que por fin saltó ella: se asomó a la ventana, toda roja de ira, y le largó a gritos cuando se le vino a la boca: entre improperios, le decía que si pensaba acaso que ella no tenía más que hacer sino espiar a los pasajeros; que, tanto hablar de la curiosidad femenina, y los hombres. . . Etcétera.

—No le faltaba razón a la pobre mujer —opiné yo entonces desde mi cama—; pero, de todas maneras, lo extraño es. . .

—Todo es extraño en este asunto, Roque, —vibró, en la oscuridad, excitada, la voz de mi primo—. Figúrate que hube de terciar en la disputa entre marido y mujer, pues aquello se enredaba sin ton ni son, y pasándome a la cocina, le pregunté cómo era el misterioso huésped que nadie sino ella había visto. Pero la buena señora estaba hecha una furia, toda encendida, arrebatada como un basilisco y, echando chispas por los ojos, se negaba a dar ningún detalle.

—Muy raro todo, en efecto, —reflexionaba yo sin decir *esta boca es mía*. Mientras mi primo Severiano me contaba eso, se me había ocurrido por un instante maliciar que tal vez entre el viajero y la patrona hubiera sucedido uno de aquellos episodios que, en fondas y pensiones, son el pan nuestro de cada día (pues a mí ¡qué me van a contar, después de tanto haber rodado por capitales de provincia, pueblos y poblachos, al cabo de años y años de viajante a comisión! Es una rutina más del oficio: pellizco, revolcón, y a otra cosa). Pero ¿acaso ello hubiera explicado nada? Al contrario, en tal supuesto la mujer se hubiera apresurado a dar, verdaderos o imaginarios —y ¿por qué, tampoco, imaginarios?— los detalles que se le pedían, quedándose tan oronda. Además, —rectifiqué para mi mismo— esa doña Tal (que ya no me acuerdo cómo se llama) debe de estar demasiado vieja para semejantes

trotos, ha de ser algo mayor que yo, lo que para una mujer ya es bastante, y además... No —deseché—; eso era una tontería.

—... y hubo que dejarla en paz —continuaba entre tanto mi primo—: no le daba la gana de decir nada. Me llevé, pues, el papelito, y seguí preocupado por averiguar lo que contenía. Aquí, ya lo sabes, es poca la gente con quien puedes consultar una cosa así. Se me ocurrió hablarles al cura y al boticario. Los boticarios por su profesión, están acostumbrados a leer manuscritos enrevesados... Claro que el de marras no era lo que se dice de escritura difícil; al contrario: letra por letra podía ser deletreado, con sus mayúsculas y minúsculas, sus puntos y sus comas. Sólo que tú no entendías, lo que se llama entender, ni una jota. Y eso fué lo que le pasó al farmacéutico pese a la fama que ellos tienen. Eso fué también lo que le pasó al cura, cuando, poco rato después, se reunió con nosotros en la rebotica. “¿De qué le valen a usted todos sus latines —le dije yo— (claro que por chanza; pero, al fin y al cabo, ¿no era muy cierto?), de que le valen todos los latines al padre cura, si no es capaz de entender cuatro frases escritas en idioma extranjero...?”. Se molestó un poco; replicó que nada tenía que ver el latín con aquellas pamplinas, y que dejase en paz las cosas santas. Pero ya no hubo otro tema en la tertulia, ni esa tarde, ni luego a la noche en el bar de Bellido, que es donde nos reunimos a tomar café, ni al día siguiente, ni en los que vinieron después. Comenzaron las conjeturas y, como puedes suponer, se multiplicaron los más inverosímiles disparates. Había buen margen para todo, pues nadie —¿podrás creerlo?— nadie en el pueblo había visto al viajero dichoso... Eso, al principio; que luego, como siempre ocurre, lo habían visto ya todos, todos empezaron a acordarse: el uno, le vió subir al ómnibus; el otro, a punto de entrar en el hotel; quien, bajándose del tren en la estación; quien,

cuando ponía un telegrama en la oficina de correos. ¡Hasta el Antonio mismo declaró por último haberlo visto! Te vas reír: confesó que, antes de retirarse de la puerta atrancada de la pieza, echó una miradita por el ojo de la cerradura y logró así divisar al tipo; que, desde luego —podía asegurarlo—, no era español: los zapatones que llevaba, y los calcetines de lana de colores vivos son cosas que nadie usa: ningún español incurre en tales extravagancias, y sólo los ingleses. . . (La propia abundancia de su locuacidad nos aclaró enseguida lo que era por demás cierto: estaba describiéndonos el calzado de un inglés que meses antes había pasado un par de días en el pueblo, ocupado en preguntar acerca de los molinos de viento, averiguar apellidos y tomar notas en un cuaderno). El boticario le alabó entonces a Antonio su arte para conocer a los extranjeros por las patas, y él ¡bueno es el hombre para aguantar soflamas! soltó una rociada de groserías sacando a relucir en seguida la dignidad de su oficio, tan decente como el que más, afirmaba, pues mejor era dar de comer al hambriento, aunque fuera por su dinero, que extraérselo al hartó con purgantes y lavativas. Etcétera: ¡ya conoces el género! Poco faltó para que se liaran a golpes. El tal Antonio es un perfecto borrico. . . Pero no quiero cansarte con tanta minucia: cuando te quieras dormir, me lo dices, y me callo.

—Por lo menos, sépase de una vez si conseguiste averiguar lo que el papel decía, — le respondí. ¡Qué pesada es esta gente cuando se pone a contar algo! Se pierden en digresiones, rodeos, detalles que no vienen al caso, y jamás acaban.

—¿Averiguar? ¡Calla, hombre. . . ! No, no averiguamos nada, —me respondió—. Pero déjame que te cuente. Abreviaré. Como te iba diciendo, todos pretendían al final haber visto al misterioso personaje, pero nadie daba señas que coincidieran. Hasta se hizo una investigación

del telegrama expedido por él, y no apareció tal telegrama: los cuatro que ese día se despacharon eran todos de personas bien conocidas en el pueblo. “Pues entonces sería una carta”, dice el sujeto que lo viera ponerlo, y... se queda tan fresco. La gente larga las mentiras con una tranquilidad... La gente tiene mucha fantasía. Pues ¿y las hipótesis? ¡Qué de disparates! Y en este terreno fué nuestro buen boticario —preciso es confesarlo— quien batió el récord. ¿Sabes lo que se le ocurrió?: que el dichoso papelito debía ser alguna propaganda comunista, y que seguramente estaba escrito en ruso, por lo que era muy natural que nadie lo entendiera. ¿Te das cuenta de la chifladura? ¡Propaganda! Pero ¡qué propaganda, señor mío —como yo le dijera—: una cosa que nadie puede entender...! Yo por mí estoy convencido de que la única explicación verosímil es la siguiente: Se trata de un loco —¿me estás escuchando?—; y ese papel no significa nada, ¿oyes?, ¡absolutamente nada! La razón es ésta: ¿quién, sino un loco, llega a un pueblo desconocido, se encierra en el cuarto de un hotel, escribe, y a la mañana sale medio furtivamente, sin hablar con nadie, y dejándose una hojilla que nadie puede entender?

Severiano se quedó callado por un momento, como si esperase el efecto que su brillante interpretación producía en mí. Pues, hombre, ¡ahora vas a ver!

—Pero, vamos a cuentas, Severiano —le dije con medida calma—; escucha: ¿no dices que primero estuvo cenando en el comedor de la fonda, y que le sirvió la patrona? ¿Qué tiene de particular, si necesitaba escribir, el que deseara no ser incomodado por la charla del hotelero? Eso, a cualquiera se le ocurre. Por otro lado, si estuvo escribiendo, es fácil que esa hojilla, un borrador probablemente, se le quedase olvidado entre los pliegos sobrantes. Y luego, no sé por qué supones

que salió furtivamente. ¿No me has dicho tú mismo que pagó el gasto? Ninguna obligación tenía de satisfacer la curiosidad del señor hospederero, ni de presentarle sus respetos. A mí me parece que todo eso es bien razonable, corriente y moliente...

Se lo dije con mucha flema. Pero me había indignado un poco la explicación con que mi primo se daba por satisfecho. Era una solución demasiado cómoda, ¡caramba! ¿Que no entiendes una cosa?; pues ¡es que no tiene sentido! ¡y listo! ¡Qué propio de él ese modo perezoso, desganado, ese encogerse de hombros! Con verdad dicen que genio y figura... Este Severiano que ahora se revelaba de cuerpo entero en esa explicación fácil era el mismo que, de muchacho, aceptaba siempre mis iniciativas, las secundaba de un modo flojo, y se reía cuando trataba yo de sacudirlo un poco, de avivarlo con el encargo de tareas difíciles; el mismo que luego siguió con igual docilidad los caminos que le trazara el tío Ruperto; el mismo que se quedó ahí en el pueblo, muerto de ganas de ver mundo, pero aceptando una vida que le entregaban hecha... ¡Muy cómodo, todo! Me dió rabia: por eso quise salir al paso de su teoría, y dejársela pulverizada. Y más rabia todavía me dió cuando, en lugar de discutir mis objeciones, va y se sale por la tangente —él, siempre el mismo— observando: —Pero eso que algunos me discuten de que un loco no tendría letra tan clara y pareja y perfilada, es una perfecta tontería. Hay quien no puede imaginarse a los dementes si no es dando alaridos dentro de una camisa de fuerza. Además, la fábula de la propaganda soviética, francamente, me parece pueril.

—Pues a mí, tan descabellada no me parece, ¡qué quieres que te diga! —le repliqué—. No pienso, por supuesto, que pueda tratarse de ningún escrito en ruso ni muchos menos. Pero... con todo... ¡Mira!

No quiero por ahora adelantarte mi opinión. Prosigue tu historia; anda, termina.

La verdad es que se me había ocurrido una idea bastante aceptable y hasta, si se quiere, excelente; algo que a aquellos palurdos jamás se les hubiese venido al meollo, y que había de dejarlos estupefactos cuando vieran los resultados. Pues si era como yo pensaba, la cosa podía traer cola, hacerle hablar a todos los periódicos durante días y semanas. Crecía mi entusiasmo al ver cómo, cuantas más vueltas daba en el magín a mi idea más se me iba perfeccionando, más se redondeaba. Y sin embargo, los ditirambos que pudieran dirigirse a mi perspicacia, “a la extraordinaria lucidez mental de ese modesto viajante de comercio”, serían en el fondo inmerecidos, pues la idea me había brotado de golpe, y ahora era como si creciera dentro de mi mente, sin darme otro trabajo que al de ir tomando nota, igual que se toma nota del pedido de uno de esos raros clientes a quienes no hay que sacarles con tirabuzón cada partida, y apuntando en mi memoria los sucesivos detalles que se agregaban para completar mi hipótesis y prestarle la armonía de la evidencia.

—Pero ¡si no me queda ya nada por contar! —había contestado Severiano—. Las opiniones se dividieron de mil maneras, hubo interminables discusiones, hubo hasta verdaderas riñas; muchos quedaron atravesados y resentidos los unos con los otros, y al final nos hallamos como al comienzo: sin saber nada a punto fijo, pues que todo habían sido suposiciones más o menos huecas.

—Bueno, pero el papel ¿dónde está?

—El papel, yo lo tengo. Mejor dicho: lo tiene mi hermana Juanita, a quien se lo dí a guardar en espera de que alguien pueda procurarnos un poco de luz. Hasta ahora, nunca surgió la oportunidad;

e incluso, te diré, casi ni lo tenía ya presente. Pero no bien te oí referir que has aprendido idiomas ¡caramba!, enseguida se me vino a las mientes, y pensé, pienso: a lo mejor éste puede aclararnos... Mañana por la mañana te enseñe el manuscrito y... vamos a ver. Por ahora, lo mejor será que nos durmamos. Ya es tarde, y tú debes de estar muy cansado.

Cansado, sí que lo estaba; ¿no había de estarlo? Pero ya se me había pasado el sueño con tanta y tanta conversación, y mi idea acerca del papel y de su posible significado seguía trabajando ella sola en mi cabeza, como si le hubiesen dado cuerda; giraba y giraba sin sosiego, alternando en sus vueltas el decaimiento con el entusiasmo... En una palabra: ya estaba desvelado por completo. Y era justamente ahora cuando este bueno de mi señor primo sentía sueño y me mandaba, como se le manda a un niño, que me durmiera.

—Pues, no, señor: no estoy cansado. Además, para un día que voy a pasar contigo después de tanto tiempo que no nos vemos, no es cosa de echarse a dormir a pierna suelta. De modo que... sigamos charlando un poco, señor dormilón: anda, cuéntame algún detalle más. Ya te he dicho que se me había ocurrido una interpretación bastante cabal de todo ese suceso. Estoy atando cabos: luego te la expondré. Por el momento, lo que sobre todo importa es la personalidad del viajero. En cuanto al papel, ya lo estudiaremos por la mañana, y raro será que no confirme... Pero, mientras tanto, dime: ¿qué es lo que, en concreto, se sabe del hombre?

—Pues, en concreto ¡nada! Ya te digo que nadie lo ha visto, si apuramos los hechos. Y cuando, en un momento dado, todos quisieron hacerse los interesantes dando precisos detalles, nadie coincidía con nadie. ¿Te conté lo del telegrama? Toda una historia, hasta con sus

discusiones agrias. Y al final resulta que no había telegrama que valga. En cuanto al chófer del ómnibus, no pudo acordarse de nada a punto fijo; no había reparado; ningún pasajero le había llamado la atención; él no se preocupaba de los pasajeros sino para cobrarles el billete y hacerles cumplir las ordenanzas según es debido.

—Bien. Está muy bien. Pero la mujer del Antonio, ésa por lo menos es seguro que lo vió, puesto que le sirvió la cena y le dió alojamiento y le cobró el hospedaje. O ¿me vas a decir que se obstina...?

—No, hombre, no; al principio, es cierto que no quiso referir nada, por pura terquedad, enojada como estaba con el marido. Pero luego se le fué a hablar seriamente, el cura mismo le hizo algunas consideraciones, y la pobre señora contó lo que sabía. Mas, después de haber hecho la reseña mil y quinientas veces, estábamos donde antes: eran todo trivialidades.

—¡Por ejemplo!

—Pues, por ejemplo: que estando ella arriba oyó palmadas al pie de la escalera; que acudió, y encontró allí a nuestro hombre con un maletín en la mano, y un abrigo al brazo, pidiéndole alojamiento; que le hizo subir y lo instaló en la habitación de la esquina; que le preguntó enseguida si iba a cenar, contestó él que sí y, pasado un momento, bajó al comedor, sentóse a la mesa, comenzó a leer unos papeles que llevaba consigo, y ella le fué sirviendo la comida; ya lo sabes: sopa, huevos fritos, un poco de carnero y una buena tajada de carne de membrillo, todo lo cual comió distraído en su lectura; que cuando hubo concluído se retiró de nuevo a su cuarto pidiéndole pluma, tintero y unas hojas de papel... Y por último, que a la mañana temprano volvió a aparecer en la cocina, ya con la maletita en la mano y el abrigo al brazo pre-

guntando cuánto debía, y desapareciendo no bien lo hubo pagado sin discutir ni regatear. Eso es todo.

—Pero, hombre, por favor: resulta irritante, demonio. ¿Cómo es posible? ¿Nadie más había en la fonda? Y a la patrona ¿no le chocó el laconismo del tipo, o algo en su aspecto, o... qué sé yo? Yo no puedo creer que, tal como son esas mujeres, no le preguntara...

—Pues, mira: otro personal, no lo había (es casualidad: no creas que no se haya comentado; pero se dan casualidades); no lo había, no, ni al entrar el hombre, ni al salir de mañana. Y mientras comía fué la propia dueña quién sirvió y retiró los platos. Casualidad será, si tu quieres...

—De todas maneras, y aún siendo así... No sé; pero se diría que hay aquí empeño en hacer todavía más misterioso el asunto de lo que en realidad es. El tipo ¿cómo era? ¿joven o viejo? ¿alto o bajo? ¿rubio o moreno?

—Pues, al decir de ella, ni joven ni viejo, ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado, ni moreno ni rubio.

—Vamos, sí; *señas particulares, ninguna*. Y ya está completa la ficha. La vestimenta, vulgar, de seguro. ¿Y los calcetines de colores y los zapatones de que hablaba el otro?

—Ahí, ella desmiente al marido; dice que es pura invención. E invención, lo del acento extranjero: que si no llega a ser por el maldito papelucho, a nadie se le hubiera ocurrido... Ella ¡claro! con tal de desmentir al Antonio... ¡Cualquiera sabe!

—Mira, primo; esa señora —y perdona que te lo diga— es la única persona que en todo este asunto ha mostrado sentido común, y que sabe discurrir. ¿Por qué? Pues porque eso está muy bien observado. ¡Claro está que no era un extranjero! Fantasías, fantasías, y nada más que

fantasías. Así es como se forman las leyendas: ven un papel que no pueden descifrar y, en seguida, ¿qué va a ser?: un manuscrito en lengua extranjera. Por lo tanto, extranjera tiene que ser la mano que lo escribió. Y ya eso basta para pretender haber notado acento extraño, ropas fuera de lo usual, etcétera. Pero es el caso, señor mío, que no hay nada de todo ello; todo se encuentra construído sobre una base falsa: el manuscrito no está en lengua extranjera.

—Pues claro; ya lo decía yo: son las palabras sin sentido trazadas por la mano de un loco —me contestó Severiano. ¿Habríase visto? ¡Qué bruto! Sí, sí, cada loco con su tema! ¡Qué bruto! ¡Qué grandísimo terco!

—¡Ya, ya! ¡Palabras sin sentido! —Me eché a reír. En la oscuridad, a mí mismo me sonó mi risa a falsa. Estaba ya crispado, lo que es bastante comprensible, ¿no? —¡Palabras sin sentido! —repetí—. ¿No te das cuenta de que no hay loco capaz de inventarse de pe a pa sus palabras, sin parecido ninguno con las verdaderas? Por lo que más quieras, Severiano: un loco deforma, mezcla, combina; pero esas palabras completas, una junto a la otra, y desprovistas en apariencia de toda significación... No me vas a decir...

Mi primo estaba desconcertado; lo había desconcertado mi vehemencia. Hubiera podido tocarse con la mano su estupefacción, quieto, inmóvil, paralizado, acurrucado ahí, en lo oscuro, como un bicho tímido.

—Entonces... —repitió, confuso.

—Es muy fácil, hombre —condescendí—: es el huevo de Colón (Sólo que, claro está...) ¿No lo adivinas?: se trata de escritura cifrada.

Ya estaba dicho: eso era, tal cual: escritura cifrada. Pero, por lo

visto, no resultaba tan fácil para sus entendederas. Y después de todo, se explica: ¿qué podía entender Severiano de toda esa cuestión de cifras, códigos, y tal? Tendría sólo una vaga noción, y le costaba mucho trabajo darse cuenta. Yo me puse a instruirle. A mí, eso me era asunto familiar, por razón de los negocios, que a veces exigen... Mas, sea que él ya tiene los sesos endurecidos, sea que yo, con el cansancio y la nerviosidad, no atinaba a poner en claro la cuestión, tuve que terminar por proponerle: “¡Anda, a ver! Da luz, que yo no sé donde está el conmutador, y en un momento voy a mostrarte con ejemplos...” Encendió, y yo me tiré de la cama. En seguida fuí a buscar mi lápiz en el bolsillo de la chaqueta, y saqué también una libreta de notas. Severiano me observaba sin decir palabra. Me acerqué a su cama, aquel catre en tenguerengue, y tomé asiento en el borde, a su lado.

—Mira, fíjate —le dije—: es así; aquí están las letras del alfabeto... ABCDEF... etcétera. Bueno: si a cada una de ellas se le asigna un valor numérico (por ejemplo, la A vale cinco; la B, ocho; la C, cuatro, etcétera, es claro que podrás escribir lo que te dé la gana con cifras, y no entenderá tu escritura sino quien ya conozca los valores convencionales que tú le has asignado a cada letra. Basta tener la clave. Veamos, por ejemplo: mi nombre: ROQUE SANCHEZ, ¿eh?

Y con toda paciencia pongo mi nombre en números, para que el muy bruto venga y me diga, me dice: “Pero ¿qué tiene eso que ver con las palabras escritas en idioma extranjero?”. Lo miré despacio, procurando no mostrarme exasperado; el pobre es bastante duro de mollera, pero ¿qué culpa tiene él? De todas maneras su torpeza me irritó a tal punto que ya me hice un lío, no dí más pié con bola, y me fué imposible llevar a término mi explicación. Quien sabe tampoco si él

hubiera sido capaz de comprenderla. Renuncié a nuevos ejemplos, que por fuerza hubieran sido más complicados, y le dije:

—Bueno, esto es demasiado técnico para explicarlo en unos minutos. Yo lo que te digo es que ese manuscrito está en cifra. Eso es lo que es: un texto cifrado.

—Será así como dices —me respondió—; pero entonces lo que yo no comprendo es para qué diablos iba a dejarnos ahí una cosa que nadie puede descifrar.

—¡Ah, esa es otra canción!

Comencé a pasearme por la alcoba, de un lado a otro, sorteando la mesita del centro y la silla con la ropa, mientras él, sentado en su cama, seguía con interés mis movimientos y mis palabras. Yo trataba de persuadirlo ahora de la explicación más sencilla, que de seguro sería también la verdadera: que el sujeto en cuestión, ¡cualquiera sabe para qué fines!, tuviera que enviar un mensaje cifrado, y ese haya sido el borrador, traspapelado allí sobre la mesa.

—Tal vez. Pero a mí eso no me convence. —(¡No me convence! —objetó— ¡Qué aplomo! Diríase que él hubiera estado meditando la idea con toda calma, para sentenciar a la postre: ¡No me convence!)—. ¿Cómo iba a dejarse olvidada —insistió— una cosa tan importante, tan importante, que exige ponerla en escritura secreta?

—Olvidada, no; perdida entre los demás papeles. Puede bien ocurrir. Puede ocurrirle, o bien a un novato que se atolondra, o bien a un veterano ya muy avezado al peligro.

—¿Al peligro, dices? ¡Según eso, piensas tú que la cosa es de cuidado!

Por fin se habría dado cuenta el muy lerdo.

—Podría serlo. ¡De mucho cuidado!

Caí en un preocupado silencio. A mi cabeza acudían multitud de ideas, todavía un tanto confusas y mezcladas, pero... ¡multitud! Eso sí, todavía en nebulosa. No era como al comienzo, que andaban solas, sin darme trabajo, y solas se colocaban en su orden. Ahora asomaban como por un agujerito, y se retiraban en seguida antes de que hubiera podido apresarlas. Sentía que asomaba una; iba a echarle mano, y ya se había sumido otra vez... Severiano respetaba mi silencio, me observaba. Al cabo de un buen rato, aventuró:

—Y ¡por supuesto! no sabiendo la equivalencia de cada letra...

—¿Qué? ¿La clave?

—Sí; no sabiendo la clave...

—Bien; te diré: hay especialistas que aciertan a descifrar claves secretas, lo que, como podrás imaginar, no es nada sencillo. ¡Menudos tíos! También, los tipos se ganan unos sueldos formidables. Pero lo que quiero decirte es que ello no es imposible ni mucho menos, y yo por mí, estoy deseando ponerle la vista encima al manuscrito... No vayas a pensarte que yo entiendo de eso, no. En las operaciones mercantiles, en el mundo de los negocios, que tantos puntos de contacto tiene con la diplomacia y la guerra, también se emplea la cifra para comunicarse acerca de ciertas operaciones de importancia; pero de eso a descifrar textos de clave desconocida hay mucha distancia. Sin embargo, primo, tengo verdadero deseo de ver el manuscrito. Ya me has metido en curiosidad, hombre. Y, digo yo, puesto que ambos estamos despiertos y sin sueño, dime, ¿por qué no vas ahora mismo a buscarlo?

—¿Ahora?

—Sí, hombre de Dios, ¡ahora! — ¡Qué ser reacio, qué indolencia; si hasta parecía asustado, como si le hubieran propuesto lo nunca visto,

la cosa más insólita y descomunal! Levantarse de la cama ¡nada menos! e ir a la gaveta en busca del papelito y traerlo.

—¿Ahora? —repitió—. No, no puede ser ahora.

—Pero ¿por qué?

Se lo pregunté medio sorprendido, medio divertido, parándome junto a su cama. Y allí mismo, cruzados los brazos, aguardé la respuesta.

—Porque no puede ser —cerró los ojos—. El papel ¿sabes? lo tiene guardado mi hermana Juanita.

Yo insistí. Aquella no era razón. No es que en realidad me importase nada el maldito papel, ni que tuviera impaciencia alguna; pero me sentía ya irritado y, al mismo tiempo, me divertía apretarle, ponerle en un brete, sacudirle, sacarlo de su inmovilidad.

—No necesitas despertarla ni hacer ruido —aduje para persuadirlo—. Eso aparte de que a estas horas probablemente ya estará ella rezando sus devociones matinales. ¡Digo yo, no sé! Pero, sobre todo, que no tienes por qué hacer ruido. Vas, rebuscas donde ella acostumbre guardar sus papeles... Claro que, a lo mejor, lo tiene escondido entre las páginas de algún devocionario...

—Eso —me contestó en un tono grave que contrastaba con mi aire de zumba maligna y, lo confieso, un poco excesiva (un contraste que, como advertí en seguida, era reflejo del que hacía su figura envuelta, recostada, inmóvil, con mi agitación, ridícula sin duda y como burlesca, recorriendo la pieza en ropas menores)—, eso, Roque, no puede ser. Yo no podría substraerle así como tú sugieres el misterioso mensaje. Para Juanita no se trata de una cuestión baladí: le daría un disgusto muy serio el saber que andaba yo revolviendo en sus cosas y que le

había sacado... ¡Dichoso manuscrito, y cuántos quebraderos de cabeza ha tenido que ocasionar!

Estas palabras, pronunciadas, como digo, en tono grave y hasta pesaroso, doliente casi, cambiaron el sesgo de la conversación. Yo volví a meterme en la cama (estaba quedándome helado) y me cubrí hasta medio cuerpo, dispuesto a escuchar con atención las confidencias de que aquellas frases parecían ser prólogo. En efecto, me contó en seguida las discusiones, querellas casi, a que el mensaje cifrado diera lugar en su casa. Primero habían sido las protestas airadas de Águeda, molesta con las idas y venidas, cabildeos, trifulcas y quimeras suscitadas por el manuscrito; pues a la gente le había dado por invadir su casa —¡claro, él era el depositario, y él tenía que aguantar las pesadeces de todo el que quisiera verlo y discutirlo!—, de manera que Águeda, con su intemperancia, su irritabilidad... Alguna vez, curiosa también ella aunque no quisiera confesarlo, había echado una mirada furtiva, por encima del hombro, al pasar por su lado, cuando él estaba examinando a solas aquella caligrafía. Y él, buscando propiciársela, había aprovechado estas raras ocasiones para invitarla: “Mira, Águeda, mujer; a ver qué te parece a ti...”. Pero ella no se dejaba implicar; se salía con un “Déjame a mí de tonterías; no tengo tiempo que perder en pamplinas semejantes”; y sólo una vez llegó a tomar el papel en sus manos, aun cuando para soltarlo en seguida sobre la mesa, despectivamente: “¡Bah!”.

Mientras tanto —prosiguió Severiano su relato—, la otra, Juanita, había callado siempre, sin mezclarse en las discusiones, ajena por completo a ellas según parecía, pero, no perdiendo una sílaba de cuanto se hablaba a propósito; —...hasta que una vez me sorprende con esta increíble pregunta: “Severiano: ¿cuándo piensas entregarme el men-

saje?”. Al principio ¡la verdad! no entendí bien lo que quería significarme; la miré con sorpresa, y me dispuse a no hacerle demasiado caso: desde que se ha convertido definitivamente en solterona y beata alimenta su imaginación de fantasías estúpidas y gusta de emplear palabras tales como esa de mensaje, misión, holocausto... Pero, diantre, ¡se refería al manuscrito! “¿Qué mensaje?”. “¡Ese! ¿Cuándo me lo entregas?”. Eché mano a la cartera donde lo tenía guardado, y se lo alargó. Entonces lo coge con premura, le pasa la vista con esa expresión ansiosa que ahora suele tomar —son los gestos teatrales de la iglesia, ¿sabes?; todo se contagia; y luego, tú sabes, ese vértigo de la edad; en fin...) me lanza una mirada inquieta y... desaparece; sí, desaparece llevándose el papel a su cuarto y dejándome a mí con dos palmos de narices. Yo me quedé como quien ve visiones, sin saber ni qué decirle. ¿Qué va uno a decir ante cosa tal? Tú no puedes defenderte del absurdo. Para las cosas normales y corrientes, ya sabes bien lo que has de hacer: estás en tu mundo; pisas el suelo firme de la realidad; cada cosa es lo que es, y nada más: tiene su cuerpo, su volumen, su peso y su forma, su temperatura, su color, y se está ahí quieta hasta que a ti te da la gana de cambiarla de sitio. Pero de pronto comienzas a notar que ya no apoyas los pies sobre el suelo; quieres tocar algo y donde creías hallar resistencia no la hallas, está frío lo que esperabas caliente, lo blando se te resiste, tiendes la mano para agarrar una cosa y resulta que se te ha escapado. Entonces, ya no sabes qué hacer... ¡Y no haces nada! Te quedas paralizado. Pues eso fué lo que me pasó a mí, y lo que me sigue pasando. Hay veces, te aseguro, en que no hay quien entienda a mi hermana; y yo me pregunto: “Pero ¿es ésta mi Juanita?”. En resumidas cuentas: que se quedó con el papel, y ¡hasta ahora! Cuando volví a tenerla ante los ojos, le pregunté con cierta

cautela: “Entonces, Juanita, ¿eso lo guardas tú?”. “Eso ¿qué?”. “¿Qué ha de ser? El papelito”. Y me responde: “Pues ¡naturalmente!”. ¿Qué te parece?: ¡naturalmente!... Dos o tres veces después le he hecho alguna alusión, le he preguntado, por ejemplo, que qué le pareció, y me mira, ya con burla, ya con rabia, y no me contesta. Como no es cosa de armar un zipizape...

—Ya, ya comprendo —le dije entonces a mi primo—; ya me doy cuenta de por qué no quieres ir ahora a buscarlo: le tienes miedo a tu hermanita, y eso es todo. ¡Está bien, hombre! ¡Haberlo dicho!

—Miedo, no; consideración —replicó enrojeciendo, no sí si de bochorno o de cólera; pues algo debía conservar de su antiguo amor propio, y la verdad, la verdad, es que yo me había excedido un tantico: no tenía ningún derecho... Además ¿qué me importaba a mí de toda aquella necia historia pueblerina? ¡Nada! Pero lo que pasa es que cuando ya uno se ha puesto nervioso cualquier majadería es capaz de dominarlo. En eso tenía razón Severiano: el absurdo le hace perder a uno la cabeza, atrae como una sima. Yo sentía una impaciencia que a mí mismo me causaba estupor: ansiaba de tal modo ver el mensaje que estaba cierto de no poder descansar más hasta después de haberlo tenido en las manos. Temía —así, ¡temía!— tener que tomar el tren sin haberlo visto, y hasta me había hecho el propósito de apoderarme de él, aunque fuera en el último instante, y llevármelo: ya se lo devolvería a mi primo por correo certificado, si tanto interés tuviera en conservarlo. Pero ¿y si llegaba la hora del tren y, entre tantas vueltas y revueltas, aún no había podido verlo? Resuelto estaba, si preciso fuese, a perder el de las 6,35 e irme en el de las 11, a pesar de toda la incomodidad, inconvenientes y hasta ¡quién sabe! perjuicios que eso podía acarrearle. Pues ese retraso de unas cuantas horas me hubiera podido

acarrear de veras un serio trastorno: estos pormenores yo no se los había contado a mi primo Severiano (ni ¡qué iban a importarle a él!), pero resulta que el gerente de Melero y Cía. me tenía fijada cita en La Fabril Manchega, S. A. para dilucidar la cuestión de las entregas descabaladas; se trataba de sorprender a estos pájaros y llevar un ataque bien combinado, fingiendo una coincidencia casual; él llegaría en su auto mientras que yo, como viajante, pasaba mi acostumbrada visita; en fin, todo un lío; y si yo le dejaba colgado... Pues, ¡a bien que no era soberbio y grosero el individuo!... ¡como para hacerle semejante jugarreta! Si precisamente por comodidad suya había combinado yo el pasar esa noche sobrante en casa de mi primo, a quien, por otra parte, deseaba tanto visitar... Pero esta visita amenazaba complicarme la vida; pues, inexplicablemente, era ya para mí una necesidad perentoria la que sentía de ver el demonio de manuscrito, y estaba dispuesto, incluso, a salir en el tren de las 11, pasara lo que pasara. Por suerte, no fué necesario.

—Perdona, hombre, Severiano; parece que a ti no se te puede dar una broma —le dije para paliar el mal efecto de mi destemplada ironía—. De todas maneras, Juana madrugará bastante ¿no? A mí me parece que debiéramos estar levantados, no sea que se vaya temprano a misa y nos quedemos...

—Descuida, Roquete, descuida. Si todavía es noche cerrada — me arguyó, apaciguado, el buenazo.

—Vamos, que apuesto a que está amaneciendo — sostuve.

—Qué va a estar: ni mucho menos.

—Pero sí, hombre; si ya pasan carros...

Estaban pasando carros; se oía fuera el chirrido de los ejes, las pisadas de las mulas, algún restallido, alguna blasfemia.

—Esos carros salen mucho antes que el sol.

Entretanto, yo me había levantado, me había acercado al balcón; abrí un postigo: noche cerrada. Pero, a pesar de ello, cada vez se alzaban más ruidos en el pueblo: canto de gallos, ladridos... ¿Pensaría acaso dormirse todavía Severiano, después de haberme impedido a mí que durmiera en toda la santa noche con su estúpida historia? Ahí estaba, sin rebullir; se había vuelto para la pared, y ni siquiera rebullía. Pues lo que es si esperaba que yo apagase la luz... Fuí a mirar mi reloj, que estaba en el bolsillo del chaleco, ahí colgado del respaldo de una silla con mi otra ropa: ¡Nada más que las cuatro y media!

—Ya son las cinco menos veinticinco, Severiano —dije—. ¡Anda, holgazán, levántate, vamos!

Se levantó, bostezando. No se puede negar que es un buenazo, el pobre. Añadí: —Yo creo que tu hermana ya no puede tardar mucho en salir de su cuarto—. Él me dirigió una sonrisa amable y triste: —Sí —asintió—, a ver si por fin nos libramos del misterio.

¡Cómo se le notaban ahora los años a Severiano, con el escaso pelo blancuzco todo revuelto, y aquellas ojeras! Me pareció viejo: un viejo. Fuí a mirarme en el espejo del lavabo: ¡Hay que ver también los estragos que puede causar una noche en vela, y más, después de haber viajado todo el día! ¡Y es que son ya muchos años de viajante, caramba! Pero luego se afeita uno, se lava, se peina, y ¡como nuevo! Comencé a enjabonarme la cara, mientras que él se desesperaba con los brazos en cruz.

Pronto pudo verse cuánta razón tenía yo: no bien salimos del cuarto —y Severiano tardó en arreglarse menos de lo que yo me hubiera temido— nos topamos con Juanita, que ya se disponía a largarse, y que se sobresaltó un poco al tropezar con nosotros en la puerta del

comedor, a donde íbamos en busca de algo que tomar como desayuno. Me miró como si no me reconociera o no me recordara, y yo también le encontré a ella un no sé qué de raro, un cierto ribete cómico y hasta disparatado en la solemnidad de su manto negro, en el gesto de su mano enguantada sosteniendo libro y rosario. Seguía siendo aquella Juanita, sí, pero disfrazada de beata... Su hermano la atajó:

—Mira, me alegro de que todavía no hayas salido (y ¡qué maneras de madrugar, hija!). Escucha, ¿sabes lo que quisiéramos?

—Se dan los buenos días.

—¿Sabes lo que quisiéramos?

—Sí, lo sé —respondió ella inesperadamente—. ¡Lo sé!

Se había parado de espaldas a la puerta, un poco rígida, con los brazos caídos, y me pareció que su voz, demasiado presurosa, temblaba, de puro tensa, en los descoloridos labios.

Miré a Severiano. También él estaba pálido: —¿Que lo sabes? —preguntó en un parpadeo. Y con una sonrisa (¡qué fea, su forzada sonrisa jovial!): Imaginarás que vamos a pedirte el desayuno.

—Me vas a pedir el mensaje — le replicó ella sin vacilar. Y se quedó callada.

Severiano seguía parpadeando como si le hubiera entrado una mota en un ojo. Convencido de que él no rechistaría, y empeñado además en cerrarle la retirada: —¿Cómo lo has podido adivinar, prima? — le pregunté yo. Juanita descompuso su boca en una mueca bufa; enseguida se quedó seria, vieja; luego exhaló un suspiro; luego tragó saliva... Creo que Severiano estaba aterrado al ver que su hermana no decía palabra.

Otra vez me sentí en el caso de intervenir: —Entonces, prima, ¿nos lo entregas?

Lo dije, quizás, algo cohibido. La actitud de Severiano, tan timorata, se me había contagiado, y yo mismo me expresaba ahora con cierta cortedad. Lo que, por otra parte, no es de extrañar si se piensa que la conducta de Juana era más que sorprendente. Insistí aún: —¿Nos lo entregas?

Juana revolvió los ojos al techo con gesto implorante y dirigiéndose, no a mí, sino a su hermano, le reprochó con severa amargura:

—¡Que hayas hecho semejante cosa, hombre! ¡Semejante vileza! ¡Ah, sí! ¡yo lo sabía! Estaba segura de que habrías de aprovechar la primera ocasión... De ti para mí, cara a cara y sin testigos, no te atrevías a ello. Pero siempre que me tirabas indirectas, o que te quedabas mirándome con ganas de decir algo, y sobre todo cuando te sorprendía —porque te he sorprendido, aunque no lo creas, más de una vez— rondando en torno a mis papeles, yo ya sabía y estaba muy segura de que, no bien se te presentara, aprovecharías la oportunidad de hacerme tal extorsión. Y la oportunidad se te ha presentado; la oportunidad ha sido esta venida de Roque... Si no es que, tal vez, como pienso, no le llamaste en tu auxilio; pues ¡cosa más extraña, la llegada de éste ahora, de improviso, tras de tantos años sin acordarse del santo de nuestro nombre!... Pero de nada te ha de servir. ¡Ah, no! ¡Yo ya no soy la que era! ¡No, a otro perro con ese hueso! No, no...

Se había erguido mientras soltaba esta retahíla incomprensible, y las flacas mejillas se le habían teñido de un rubor falso; el peto bordado con cuentas de azabache subía y bajaba, agitado por la cólera, por la angustia... Y Severiano parecía anonadado frente a aquella explosión. Anonadado, pero —a lo que me pareció— no muy sorprendido. El que estaba estupefacto era yo; tanto, que no supe qué decir (sí, lo confieso, no supe qué decir; y para que a mí lleguen a

faltarme las palabras...). Aquella furia continuaba y continuaba. Se iba excitando ella solita, sin que nadie le diera pábulo —Severiano, el infeliz, no había resollado siquiera; en cuanto a mí, ya digo, me había quedado como tonto, sin saber qué decir—, y poco a poco se iba subiendo a las nubes y se enredaba en una ristra de insensateces ensartadas la una en la otra sin descanso. Por último, y cuando ya se hubo despachado a su gusto, se quedó muda y hasta pareció que iba a romper en llanto: la barbilla le temblaba, se le empañaban los ojos y, en una actitud de dolorida dignidad, terminó barbotando algunas palabras: se la oyó decir entre sollozos, que podíamos —si nos daba la gana— registrarle todos sus papeles. Y rehaciéndose con nuevo furor, concluyó:

—Tomad, ahí tenéis la llave de la gaveta para que no necesitéis forzar el mueble: revolvedlo todo, destrozadlo todo, arruinadlo todo; no respetéis cosa alguna, ¿para qué?

Tiró la llavecilla sobre la mesa del comedor, y salió para misa como alma que lleva el diablo.

—¿Has visto? — exclamó asombrado, avergonzado, mi primo, cuando nos vimos solos. Y yo: —Pero ¿qué significa eso?

No significaba nada. Me convencí de que no había habido ningún motivo que yo ignorase; adquirí la seguridad de que Severiano no me había mentado ni ocultado cosa alguna: daba lástima verle, con aquella cara trasnochada y aquella mirada perruna, humillado y tristón. Sería difícil saber si él había llegado al convencimiento de que a su hermana se le había ido la chaveta, pero de lo que no me cabe duda es de que era el pobre víctima de sus caprichos, de que lo tenía acoquinado.

—Pues, mira, ¿sabes lo que te digo? — le interpele cuando hubimos agotado los comentarios del caso, tales como: “¡Qué barbaridad!”,

“Eso es de lo que se ve y no se cree”, y otros tales—. ¿Sabes lo que te digo, Severiano? Que ahora mismo vamos a registrarle la gaveta.

Me pareció que era deber mío hacerlo. En primer término, aquella mujer no estaba en sus cabales, y quién sabe qué otra cosa —¡armas, incluso!— podría ocultar allí bajo llave: era —¿no es cierto?— un verdadero peligro. Además ¿no nos lo había dicho ella misma? ¿no nos había autorizado, aunque fuera en un raptó de ira? Sin mí, Severiano jamás se atrevería a hacerlo. Y allí se quedaría el célebre papelito, *per saecula saeculorum*, secuestrado bajo la custodia de aquella especie de dragón... Mi primo recibió la propuesta con una mirada de asombro, pero no opuso resistencia alguna cuando le insistí: —¡Anda; vamos!... —Con él, no hay sino mostrarse resuelto. Sólo me pidió, con una sombra de angustia: —Cuidado, sin hacer ruido, no sea que se despierte Águeda.

Cogí la llave, y él, andando en puntillas, me condujo al cuarto de Juanita. El consabido cuarto de solterona, cerrado y todavía con olor de la noche. Abrí los postigos —ya amanecía— y, después de girar una mirada alrededor, me dirigí al pequeño pupitre, bajo una Virgen del Perpetuo Socorro en bajorrelieve de escayola pintada y dorada. Meto la llave en la cerradura (¡violación de secreto, señores!), abro, y ¡nada! Parecerá un chiste de mal gusto, una broma pesada: no había cosa alguna dentro del pupitre, nada en los cajoncillos laterales, nada en los compartimentos... ¡lo que se dice: nada! Debo confesar que me sorprendí a mí mismo todo agitado, con el corazón en un hilo y apretada la garganta. Estaba parado ante el mueblecillo, y no sabía qué hacerme. Volví la vista hacia Severiano, y su expresión no decía nada: era la misma expresión triste e indiferente de antes. —¿Qué te parece esto?, le pregunté. —Y ¿qué quieres que te diga? —Había en

su entonación una especie de renuncia, de abandono irónico; parecía burlarse de mí sutilmente; pero esta vez su flojedad no me produjo exasperación, tan desconcertado estaba yo. Me hallaba —lo confieso— anhelante, sobrecogido, desconcertado, en fin, cosa que se comprende bien con la nerviosidad de una noche en vela y la excitación de encontrarse de nuevo en su pueblo y entre los parientes con quienes uno se ha criado: todo eso altera la rutina de los hoteles, de las conversaciones siempre iguales que llenan los viajes de un comisionista... Le pregunté todavía a Severiano: “¿Qué hacemos, tú?”. “¿Qué hemos de hacer?”. Y no insistí ya en que registráramos todos los rincones de la pieza, no porque la idea no se me ocurriera (de buena gana la hubiera emprendido a coces con cuanto allí había: sillas, ropas y cuadros), sino por consideración hacia mi primo, y hasta por aburrimiento. Mi irritación había degenerado ya en aburrimiento, en ganas de escapar.

Miré el reloj. —Todavía alcanzo bien al tren de las 6.35 —dije. —Sí, claro que alcanzas —(¡Conque tenemos ganas de que me vaya, eh?)—. Alcanzas, y también tienes tiempo de tomar tranquilamente el desayuno—, confirmó Severiano, añadiendo sin embargo: —Pero será mejor que vayamos a tomarlo en el bar de Bellido Gómez.

—No; el desayuno os lo puedo preparar en seguida.

Nos volvimos: era Águeda, parada junto al quicio de la puerta, con el pringoso pelo gris enrollado en trenzas.

—Gracias, prima, gracias; pero prefiero que nos despedamos ahora. Desayunaremos en el bar y en seguida ¡al tren! Me hubiera causado un gran trastorno el perderlo, como ya le dije a éste, creo.

Así se hizo todo. Severiano me acompañó, pasamos a desayunar en el bar, y luego me dejó en el tren. “¡A ver si vuelves pronto, Roque-

te; que no se vayan a pasar otros ocho o diez años antes de que te acuerdes de nosotros!”. “¡Descuida!”.

Y allá se quedó, como un pasmarote, haciendo adiós con la mano. ¿Qué se me daba a mí de toda aquella absurda historia de manuscrito? Ni siquiera estoy seguro de que todo ello no fuese una pura quimera.

FRANCISCO AYALA

EL DESAFÍO DE ALDOUS HUXLEY “LA FILOSOFÍA PERENNE”

Todas las posiciones filosóficas han sido criticadas en alguna época; pero, cualquiera sea la posición que asumamos, aun el más extremado escepticismo, no podremos negar seriamente que la experiencia existe en una relación de sujeto a objeto. Frente al sujeto, o yo, está el objeto, o no-yo; y en esta división late el germen del terrible conflicto entre poder y amor que ha rodado como un vendaval desde los comienzos de la vida humana: el conflicto entre el yo como potencial absoluto que *refleja* el objeto y la esencial limitación del yo *dentro* del objeto. El primero suscita la tendencia egoísta común a todas las criaturas que tienen una exacerbada conciencia de sí mismas: el deseo de aprehender el objeto como reflejado en el yo y de someterlo (aunque sólo sea aparentemente, ya que en realidad nunca podemos lograrlo) al yo; el deseo que los teólogos han presentado como explicación de la caída del hombre y la rebelión de los ángeles. El segundo suscita la tendencia a trascender e integrar el yo en cierto aspecto del objeto concebido como un valor último que conocemos y amamos y anhelamos. Pero todo depende de *qué* concibamos como valor último. Si esta concepción es inadecuada, el yo se precipita en una desesperación de la que brotará un egoísmo más hondo y violento.

Sólo parecen posibles cuatro valores últimos concretos: el hombre, el cosmos, la belleza, Dios. De modo general podemos decir que son los puntos de mira del humanitario, del cosmólogo, del esteta y del

teísta. Para el humanitario, el hombre es el objeto supremo de la existencia: es el valor último que debe encauzar toda nuestra pugna y nuestra devoción. Para el cosmólogo, el universo es el valor último y está dotado de una vitalidad innata generadora de toda cosa: está más allá y por encima del hombre, que debe pugnar, no por sí mismo, sino por el adelanto de la evolución cósmica. Para el esteta, la belleza, esa extraña emanación de todas las cosas en armonía, se concibe como un valor último en que trascienden el hombre (aunque es éste el único capaz de percibirla) y el cosmos (del cual emana); es la conclusión última y la satisfacción más completa de la existencia humana. La cuarta concepción del valor último, Dios, es un ser perfecto y eterno, fundamento de toda cosa, al cual todas las cosas, el hombre, el cosmos y la belleza, están subordinadas. Hay, desde luego, muchas concepciones de Dios; pero todas pueden reducirse, en fin de cuentas, a este fundamento perfecto y eterno de la realidad.

El hombre y el cosmos son, pues, objetivos directos e innegables en nuestra experiencia. La belleza, aunque concreta en cuanto es sensible e inmediata, es más inasible. Algunos han negado que la belleza tenga existencia objetiva, pero el esteta (Keats, por ejemplo) la concibe como inherente a todas las cosas, aunque, en cierto oscuro sentido, las trascienda. Dios, como fundamento de la realidad, es más concreto que el hombre o el cosmos y, como espíritu, más inasible que la belleza. Pero como valor último, Dios incluye todos los otros valores en perspectiva. En verdad, cada una de estas cuatro concepciones del valor último asciende incluyendo a las demás; la del hombre es la más ingenua e insatisfactoria de las cuatro; el cosmos incluye al hombre y lo trasciende; la belleza incluye y trasciende tanto al hombre como al cosmos y es una especie de refugio en la mitad del camino hacia Dios; pero Dios, como valor último, las incluye a todas en armonía, de modo que en Él se conocen y se aman.

Alguien podría observar que estas concepciones del valor último

ascienden en la vida del individuo, no explícita, sino implícitamente, como sentimientos. Al nacer, el niño es una especie de solipsista-materialista, incapaz de percibir la relación de sujeto a objeto, que concibe la existencia como una prolongación de su propio cuerpo. Pero casi de inmediato comienza a percibir el objeto en los demás seres humanos —los padres o tutores, la nodriza o los parientes—, de modo que en esos fugaces primeros años lo supremo en la vida del niño es el hombre (en la forma de ese reducido círculo). Después llega a percibir el poder insuperable del cosmos y, todavía después, con el desarrollo de la imaginación, despierta en el adolescente el sentido de la belleza. La fase última del desarrollo es (o debe ser, si no hay inhibición) la teística. Aunque a las fases anteriores puede unirse la instrucción religiosa, el joven no comprende del todo la religión, que es para él un código de conducta en que Dios se identifica vagamente con el hombre, el cosmos y la belleza. Esto subsiste, normalmente, hasta los comienzos de la edad adulta, en que el poder de razonamiento se ha desarrollado lo bastante como para abarcar totalmente la idea de Dios. Estas etapas admiten excepciones, como la del niño precozmente santo; por lo general, sin embargo, el crecimiento humano parece seguir esta línea.

La raza puede desarrollarse y perfeccionarse de manera similar, pero mucho menos clara; a menudo, vaga y confusa. Es probable que los pueblos absolutamente primitivos sean, como los recién nacidos, puramente materialistas, pero nada sabemos de ellos, y el pueblo más antiguo que hayamos conocido parece tener una visión humanitaria estrechamente circunscripta por su propia tribu. Sólo más tarde aparece la fase cosmológica o mágica. Cuando la civilización comienza a insinuarse, predomina la visión estética e imaginativa. Pero hasta la aparición de los grandes filósofos y predicadores (hacia el siglo VI A. C.) no entrará el hombre en esa fase teística final.

Siempre han habido, sin embargo, individuos mediocres o egregios que han propugnado cualquier valor último inferior a Dios; y en

nuestra neurótica edad moderna los valores últimos que excluyen a Dios han competido violentamente. Pero todos han demostrado ser ineficaces. Sólo Dios puede a la vez integrar y trascender el yo; sólo Dios es lo bastante grande para dominar nuestro terrible egoísmo —ese egoísmo que, además de expresarse de cuando en cuando en una impasible arrogancia o en un obcecado orgullo espiritual, se disfraza de mil maneras: de indolencia, cinismo, exageración y perversión sexual, frigidez, suficiencia, y todas las formas de neurosis. De la creencia de que el hombre es el valor último sólo puede resultar una actitud sentimental que no guarde ningún parecido con la caridad desinteresada, o una cínica indiferencia. Nada hay en los anales del hombre, *qua* hombre, que nos permita hallar en él la trascendencia del yo individual (“¿Por qué he de amar a mis vecinos?”, se preguntaba Freud); y, en el mejor de los casos, el humanitario no logra la integración sino, a lo sumo, un remoto estoicismo ético. El cosmólogo no alcanza mejor éxito. El movimiento evolutivo y dialéctico del cosmos, dice, es supremo. Pero ¿qué resulta de él? El totalitarismo, casi siempre. El hombre, por ser inferior al cosmos, no cuenta como individuo; se lo considera colectivamente como un *recurso* para alcanzar una etapa racial o proletaria en el desarrollo mundial. Es verdad que hay un cosmologismo científico y académico que procura hallar un acceso más individual y menos violento, pero es inconsistente y lleva en sí implícitamente un vago humanitarismo o un teísmo aún más vago. En su forma más terrible, el totalitarismo, la visión cosmológica exacerba violentamente el egoísmo, como podemos ver en los países que lo han adoptado; en su forma más débil e inconsistente, origina una visión superficial y medrosa, característica de algunos de nuestros científicos materialistas. El esteta sensitivo, para el cual la belleza es, en un mundo de penuria y caos, el valor último, tiende a caer en la condición opuesta a la del cosmólogo, al procurar aislarse y perder todo contacto con los movimientos sociales. E. M. Foster no ha podido responder eficazmente a

L. D. Bernal en las audiciones radiotelefónicas llamadas “El desafío de nuestro tiempo”, porque, a pesar de poseer una concepción más alta y sabia del valor último, su visión era demasiado aislada. El esteta puede hacer mucho para trascender su propio egoísmo, pero el esteticismo no puede auxiliar a los demás hombres, ni puede atacar los males sociales del mundo. El individuo se aísla en la contemplación de un valor impersonal, aunque ya de por sí altamente personalizado. Muchos naturalistas intuitivos, como W. H. Hudson, pueden considerarse más bien como estetas que como cosmólogos; logran alcanzar un bien limitado, pero son demasiado subjetivos. Sólo la concepción de Dios como valor último puede llevarnos a la integración completa, y a ella llegaremos, sin duda, si buscamos a Dios con bastante intensidad. ¿Cómo, pues, es posible rechazar a Dios ante la innegable prueba de su existencia que surge de la razón y la experiencia? Los críticos de la posición estética no niegan que la belleza exista, aunque sólo subjetivamente; pero los críticos del teísmo rechazan a Dios como una ilusión. La respuesta es que Dios se rechaza *porque* sólo Él trasciende e integra el yo y domina nuestro egoísmo. Dios difiere de los demás valores últimos en que todos, excepto Él, son limitados. Él es absoluto; y el egoísmo que hay en nosotros no desea ser dominado. Dios, dice C. S. Lewis, es aquello que más deseamos y aquello de lo que más deseamos apartarnos. Si sólo Dios puede integrar el yo, y sin embargo Dios no existe, nuestra necesidad de Él es como un ojo en la sombra y como el hambre en un mundo estéril.

Pero ¿puede decirse que quienes persiguen un valor último inferior a Dios están movidos por un hondo egoísmo, por un deseo de apartarse de Él? No siempre. En muchos casos, el temperamento, o la detención en un nivel inferior a la etapa adulta, o la vocación pueden inducirnos a ello. El dejarse absorber demasiado por la política o la psicología puede llevar a la concepción del hombre como valor último; por la ciencia, a la del cosmos; por el arte, a la de la belleza. Con todo, es

significativo que en la filosofía (en que la razón se eleva al más alto grado) y en la religión (en que todo aspira al desdén del propio yo) se encuentren testimonios de Dios.

Desde luego, las creencias de un hombre no pueden reducirse únicamente a la vocación o a una sola causa; los ejemplos anteriores son hipotéticos y hay hombres de todas las condiciones que, en diferente grado, han adoptado concepciones del valor último inferiores a Dios. Podemos escoger cuatro ejemplos de la literatura inglesa moderna: Galsworthy, Shaw, Charles Morgan y Aldous Huxley. En Galsworthy, el típico humanitario moderno, había mucho de la indiferencia, del provincialismo y del sentimentalismo que caracteriza la visión humanitaria. Shaw, con su evolución creadora y su socialismo mundial, es un cosmólogo de la mejor especie. Charles Morgan representa el modo de acceso esencialmente estético: busca una absoluta belleza que brota pero está más allá del mundo de los sentidos; mientras que Aldous Huxley, en sus últimas obras, ha vuelto a un riguroso teísmo que desafía los valores de los otros tres. Encontramos un teísmo más absoluto en los escritores cristianos y los profetas de nuestros días; pero la labor de Huxley es particularmente interesante a causa del progreso que ha cumplido desde un escepticismo casi nihilista, pasando por todas las demás concepciones del valor último, hasta su actual posición teísta y, además, por las inmensas posibilidades que su obra contiene.

Aunque su concepción de la religión sea demasiado esotérica y no logre apreciar el hecho histórico del Cristianismo ni la necesidad de una vasta organización religiosa, el teocentrismo de Aldous Huxley es un desafío al mundo moderno. Pero, en cierto sentido, toda su obra es un desafío. Salvo sus primeros libros, tales como *Chrome Yellow*, nunca ha sido un observador indiferente y escéptico como Somerset Maugham, aunque superficialmente lo haya parecido. El primer Huxley sentía

hondamente la maldad y la vanidad de que casi toda la vida humana está compuesta; demasiado hondamente, acaso, ya que la tendencia maniqueísta de su posición actual, es decir, la tendencia a considerar el mundo como un mal superior y opuesto a Dios, deriva de su antiguo pesimismo. Su primer desafío consistió en poner frente al mal un espejo algo deformante y en obligarnos a contemplar en él nuestra imagen. Tal vez su actitud deba llamarse, en esta época, más bien provocación que desafío. Era, en buena parte, la provocación de D. H. Lawrence, que influyó intensamente en el joven Huxley. Ahora, hallada en Dios la respuesta, lo que era una provocación se ha transformado en un estridente desafío, tanto más poderoso a causa de sus libros anteriores.

La universalidad de espíritu de Huxley y su erudición enciclopédica, unidas a su sensibilidad y a su capacidad de comprensión, hacen formidable el desafío. Sentimos que con él es mucho menos probable equivocarse que con el especialista. Su progreso ha sido una gran aventura, y entre los mojones que señalan su largo peregrinaje sobresalen las novelas *Point Counter Point* y *Time Must Have a Stop* y los ensayos *Do What You Will* y *The Perennial Philosophy*. *Point Counter Point*, síntesis del primer período, es quizás su más lograda obra de ficción. Aunque resulte demasiado extensa para su material y se parezca demasiado a un ensayo (debilidad de todas las novelas de Huxley), revela la amplitud de su comprensión y, además, fecundidad de pensamiento, destreza técnica y originalidad asombrosas. Esta obra resume por sí sola una época —el período entre las dos guerras—; pero es mucho más que la obra de un gran período. Desnuda el mal y el dolor que la vida humana se inflige a sí misma como pocos libros lo hayan hecho antes o puedan hacerlo de nuevo. La filosofía de *Point Counter Point* está condensada en el ensayo *Do What You Will*. La última novela, *Time Must Have a Stop*, es menos buena como obra de ficción, pero es un libro memorable. Nadie que lo haya leído con alguna penetración podrá convenir con el crítico que lo desecha porque empieza con un

refrito de *Antic Hay* y termina con un penetrante ensayo ideológico. En ningún momento pierde su equilibrio, sostenido por los capítulos ideológicos en que se describe el purgatorio de un ególatra hedonista que considera la vaciedad de su vida en relación a Dios. Lo ha seguido la obra más reciente de Huxley, *The Perennial Philosophy*, en que sus ideas se expresan plena y firmemente. Los títulos de las dos novelas tienen una curiosa relación con los dos grandes períodos del desarrollo de Huxley. *Point Counter Point*, que significa la vuelta del tiempo sobre sí mismo, resume al primer Huxley, preocupado con la actualidad de las cosas, con la multiplicidad de la existencia en el presente; *Time Must Have a Stop* resume al Huxley actual, cuya filosofía es la trascendencia del tiempo en lo espiritual y lo eterno.

El paso de Huxley por las tres etapas del humanitarismo, cosmologismo y esteticismo se revela en *Point Counter Point*. Se hallan en él elementos del escepticismo y el vago humanitarismo de sus primeros libros, combinados con algo del cosmologismo de Lawrence (representado en el libro por Mark Rampion), mientras que a la vez un sentido del valor casi espiritual de la belleza domina el evangelio lawrenciano y tiende a transformarlo en un esteticismo que, hacia el fin de la obra, se insinúa ya muy claramente. Pero durante este período nunca está Huxley genuinamente convencido de que cualquier valor sea el fundamental. En ningún momento sugiere que el egoísmo que pinta con tanta ironía pueda trascenderse. Los resultados del confinamiento del hombre en su propio ego son el tema principal de la obra, aunque enfatiza bastante el aspecto sensual del egoísmo — otro ejemplo de la tendencia maniqueísta de Huxley. La cita de Fulke Greville que precede el libro sintetiza su actitud de entonces:

*Oh, wearisome condition of the humanity,
Born under one law, to another bound,
Vainly begot and yet forbidden vanity,
Created sick, commanded to be sound,*

*What meanneth nature by these diverse laws
Passion and reason, self-division's cause? ¹*

El mal y la inutilidad están personificados en Spandrell, cuya maldad proviene de una perversa obsesión del sentido del pecado.

“Privado gradualmente por el hábito de su goce activo y de su sentido activo de la maldad (que siempre había formado parte de su placer), Spandrell se había refugiado con una especie de desesperación en los refinamientos del vicio. Pero los refinamientos del vicio no producen refinamientos correspondientes en las sensaciones. Por lo contrario, cuanto más refinado es el vicio en su exacerbada extravagancia, cuanto más raro y anormal, tanto más insípida y desesperadamente falta de emoción se hace su práctica. La imaginación podrá concebir las variaciones más inverosímiles sobre el tema sexual normal; pero el producto emocional de todas las variedades de orgías es siempre el mismo: un tedioso sentimiento de humillación y envilecimiento.”

Pero Spandrell no incurre en sus vicios porque sí; incurre en ellos como un desafío a que Dios (en quien no cree explícitamente) se ponga de manifiesto. En la subconciencia, está librando una disputa: aquí elevará, sin duda, una protesta contra ese pecado que he cometido, aún más mortal y deliberado. Pero Dios no se manifiesta y Spandrell, al fin, presa de la desesperación, después de asesinar a sangre fría a un jefe político, brutalmente y sin motivo, hace una postrera tentativa para alcanzar ese valor último que busca mientras escucha la grabación de un cuarteto de Beethoven. Lo interrumpen los disparos de los secuaces del jefe, que vienen, invitados por el propio Spandrell, a vengar la sangre de la víctima; así muere Spandrell, como ha vivido, en la oscuridad.

¹ Oh tediosa condición de la humanidad,
bajo una ley nacida, a otra sometida,
vanidad vanamente engendrada y aun prohibida,
creada enferma, obligada a ser sana,
¿qué se propone la naturaleza con esas leyes diversas
de la pasión y la razón, causas de la auto-división?

El ensayo inicial de *Do What You Will* (una especie de variación ideológica de los temas de *Point Counter Point*), llamado *Uno y muchos*, expone la idea de todo el libro: la realidad, aunque quizás sea única en su esencia, se manifiesta en la diversidad, y la vida, para experimentarse plenamente, debe vivirse en la diversidad. La concentración en la unidad, especialmente en el reino espiritual, ha sido funesta y ha debilitado la naturaleza humana. Con su característica mezcla de brillo y despego, Huxley aboga por un retorno a la multiplicidad pagana. Es una curiosa experiencia, al releer este ensayo, comprobar que su progreso ulterior se ha encaminado en dirección diametralmente opuesta: desde los *muchos* como experiencia del mundo hacia el *uno* como experiencia de Dios; pero aquí su más desdeñosa crítica está dirigida contra el misticismo teocéntrico. Representa sólo un grado menos desdeñoso del razonamiento abstracto, con su fría unidad científica opuesta a la multiplicidad de la existencia concreta. Puede parecer paradójico que un "intelectual" de su talla se burle del intelecto (como hemos visto, estaba entonces muy influído por Lawrence); pero la paradoja se resuelve en parte si pensamos que nunca ha sido un intelectual por el intelecto, sino por la experiencia. Con todo, es intelectual por naturaleza, y en esto difiere abiertamente de Lawrence, que por temperamento es emocional y primitivo y, en este sentido, genuinamente anti-intelectual. Huxley resume su posición al final del primer ensayo:

"Los apóstoles trabajaron, los mártires murieron en el tormento, los filósofos pensaron pensamientos sublimes; por el precepto y el ejemplo, los eruditos y los hombres de ciencia proclamaron las bellezas de la «vida superior»; los sociólogos inculcaron incansablemente el deber de ser buen ciudadano y todos convinieron en que Dios es uno y es espíritu, y en que el primer deber del hombre es parecerse a Dios. ¿Con qué fin? Para que los hombres puedan ser más puros, habrían respondido, mejores, más que hombres. Pero ¿qué ha ocurrido en realidad? Procurando vivir una vida sobrehumana, los hombres han descendido en todo, salvo en la esfera mental, hacia una especie de infra-huma-

nidad, que con inmerecido elogio podríamos calificar de bestial. Vuelto contra la vida han rendido culto a la muerte en las formas de espiritualidad, intelectuallismo y, al fin de cuentas, de mera eficacia.”

Los demás ensayos desarrollan esta idea, en relación a la vida y a la obra de Spinoza, Swift, San Francisco de Asís, Rasputin y Robespierre, en las páginas sobre “El cine hablado”, “Vida de hotel en la Riviera”, “La Sagrada Faz de Lucca”, “Revoluciones” y “Modas en el amor”. El gran ensayo final sobre Pascal, que Huxley considera como el arquetipo del problema de “la unidad y la diversidad” —un genio de muchas faces frustrado por una fanática devoción a la unidad—, es un resumen del libro todo. En cierto sentido, la forma del libro es análoga a su contenido. Exteriormente es una colección de diversos ensayos sobre varios temas; interiormente, una expresión unificada, bajo varios aspectos, de la filosofía del culto de la vida (como la llama Huxley): así refleja su propia tesis de “el uno y los muchos”.

Después de *Point Counter Point* y de *Do What You Will*, Huxley continuó explorando el canino, pero no halló la salida. Al anunciarse la segunda guerra, emprendió la propaganda del pacifismo, que culmina en *Eyeless in Gaza*. Siguió los métodos de Mathias Alexander y los desarrolló filosóficamente, según sus propias líneas, en *Ends and Means*. Y ahora, poco a poco, su espíritu ilustrado y sofisticado, pero psicológicamente receptivo, empieza a percibir el impreciso contorno de una realidad que está más allá del hombre, más allá del cosmos, más allá de la belleza: la realidad de Dios. Así como advertíamos algo del influjo de Lawrence en el primitivo Huxley y de Mathias Alexander durante el período medio, es posible que en su última face deba algo a su gran amigo Gerald Heard, quien recorrió una senda parecida desde el punto de partida de la ciencia y ha alcanzado ahora una meta similar.

Al principio, según se deduce de ciertos pasajes de *Eyeless in Gaza*, Huxley se inclinó a una concepción neo-oriental de un Dios impersonal,

que desarrolló luego en *After Many a Summer* y que amplió más filosóficamente en *Grey Eminence*. En ese estudio de religión y política, como él lo llama, la nota primitiva de provocación y la perplejidad del período medio están reemplazados por la nota de desafío, que explica el efecto irritante que el libro ha provocado en los científicos fácilmente optimistas y en los sociólogos fanáticos. Significativa y simbólicamente, las nuevas luces interiores que revelan este libro han coincidido con el hecho de que Huxley recobrarla la vista. Ahora ve casi perfectamente después de haber estado ciego durante años; y esto, así como la percepción espiritual que ha alcanzado, se debe sobre todo a su propia perseverancia. El punto culminante de sus obras de ficción lo señala *Time Must Have a Stop*, que revela una teísmo más pleno y concreto que el de su labor anterior y una creencia en la supervivencia después de la muerte. A despecho de su orientalismo, Huxley ha tenido siempre una profunda afinidad con los grandes místicos cristianos, como San Juan de la Cruz; en su última novela, la nota cristiana es más insistente. Los santos cristianos aparecen muy a menudo citados y expuestos como ejemplo. El mensaje —nos dice— es que sólo una desinteresada e íntima absorción en Dios puede trascender e integrar el yo y resolver los problemas del mundo moderno.

Así como Spandrell, el místico pervertido, es el punto central de todos los problemas planteados en *Point Counter Point*, Bruno, el verdadero místico, figura esencial de *Time Must Have a Stop*, es el punto céntrico de la actual filosofía de Huxley. Bruno no está muy bien dibujado: bajo el aspecto novelístico es inferior a Spandrell, quizás porque es mucho más difícil crear un santo convincente que un pecador. La manera que tiene Huxley de identificar la religión con cierto alejamiento del mundo y un excesivo trascendentalismo dificulta su tarea al caracterizar el personaje. Bruno carece de la humanidad y la vitalidad del santo cristiano auténtico. Pero Spandrell y Bruno se parecen en su sentido del mal, con la importante diferencia de que Spandrell es pri-

sionero del mal sin que un destello de luz llegue a su prisión, excepto cierta vaga intuición de la belleza que se filtra, como un leve y polvoriento rayo del sol poniente, por el ventanal de su oscuro espíritu. Bruno, en cambio, triunfa del mal merced a su amor a Dios.

Como *Point Counter Point*, el libro lleva un epígrafe —esta vez de Shakespeare— de donde proviene su título:

*But thought's slave of life, and life's time's fool
And time, that takes survey of all the world,
Must have a stop*¹.

En el epílogo, Sebastián Barnack, el joven poeta influído por Bruno, empieza lenta y penosamente a seguir sus enseñanzas y medita sobre esta cita y su significado espiritual:

“Tres cláusulas, de las que sólo la primera ha merecido la atención del siglo XX. El avasallamiento del pensamiento por la vida es uno de nuestros temas favoritos. Bergson y los pragmatistas, Adler y Freud, los epígonos del materialismo dialéctico y los psicólogos objetivistas... Todos tocan variaciones sobre el mismo tema. El espíritu no es más que un instrumento para hacer instrumentos y está dominado por fuerzas inconscientes, sexuales o agresivas; es el producto de pasiones sociales y económicas; es un manajo de reflejos condicionados.

Todo muy cierto, hasta donde llega, pero falso si no llega más allá. Porque, evidentemente, si el espíritu es sólo una especie de punto menos que nada, ninguna de sus afirmaciones puede aspirar a una validez general. Pero todas las filosofías de punto menos que nada aspiran a eso. Por lo tanto, no pueden ser verdaderas, porque, si lo fueran, constituirían la prueba de que son falsas. El pensamiento es esclavo de la vida. Sin duda. Pero si no fuera algo más, ni siquiera podríamos hacer esta generalización parcialmente válida.

¹ *Pero el pensamiento es esclavo de la vida, y la vida se deja engañar por el tiempo
Y el tiempo, que cuida del mundo entero,
Debe detenerse.*

El significado de la segunda cláusula es principalmente práctico. La vida se deja engañar por el tiempo. Por su mero transcurso, el tiempo quita sentido a todos los planes y proyectos conscientes de la vida. Ninguna acción considerable ha logrado todo o nada, fuera de los resultados que de ella se esperaban. Salvo en condiciones reguladas o en circunstancias en que es posible ignorar al individuo y considerar únicamente la muchedumbre y la ley de los promedios, toda previsión exacta es imposible. En todas las situaciones humanas reales existen más variables de las que el espíritu humano puede considerar, y, con el tiempo, las variables aumentan en número y cambian de carácter. Estos hechos son perfectamente conocidos y evidentes. Y, sin embargo, la única fe de casi todos los europeos y americanos del siglo XX es la fe en el Futuro —un Futuro mayor y mejor que *saben* que el Progreso va a presentarles, como quien saca conejos de un sombrero. En aras de lo que su fe les cuenta acerca del Futuro —del que la razón les dice que no puede saberse nada—, están dispuestos a sacrificar su única posición tangible: el Presente.

Pero la síntesis de Hotspur tiene una cláusula final: el tiempo debe detenerse. Y no solamente *debe*, como un imperativo ético y una esperanza escatológica, sino que también *se detiene*, en el indicativo, como materia de experiencia en bruto. Sólo teniendo en cuenta el hecho de la eternidad podemos liberar el pensamiento de la esclavitud de la vida. Y sólo concediendo deliberadamente nuestra atención y nuestro principal cuidado a la eternidad podremos evitar que el tiempo haga de nuestras vidas una locura insustancial o diabólica. El fundamento divino es una realidad eterna...”

Sebastián piensa que una de sus tareas del próximo año será “discutir las relaciones entre el fundamento y sus manifestaciones más altas, por ejemplo: entre la divinidad y el Dios personal...”

El capítulo de donde hemos escogido este trozo es una de las muestras de pensamiento más profundas y precisas que nos haya dado Huxley, escrita con su lenguaje invariablemente diáfano y chispeante. En el análisis de ese pasaje se advierte algo de su progreso. La esclavitud del pensamiento a la vida era el evangelio que surgía de *Point Counter Point*. El único carácter del que podía decirse que ofrecía algo cons-

tructivo (Rampion, basado en D. H. Lawrence) consideraba el intelecto en su forma abstractiva y analítica como la causa de todos nuestros males y aspiraba a realizar el hombre pleno sometiendo el pensamiento a la vida en toda su multiplicidad. Como hemos visto, Huxley también resumía esta actitud en *Do What You Will*. Pero su sentido de que *la vida se deja engañar por el tiempo* ridiculizaba su actitud; esto, unido a su escepticismo y a su sentido de la trascendencia de la belleza, lo hizo retractarse del evangelio de Lawrence, no obstante su admiración. Este escepticismo preparó el camino a la admisión de la cláusula final: *el tiempo debe detenerse*.

El proyecto de Sebastián, en *Time Must Have a Stop*, de que ha de discutir las relaciones “entre la Divinidad y el dios personal” es del mismo Huxley. La identificación de cierto aspecto de sí mismo con uno de sus caracteres es una treta que ha empleado muy a menudo. Quarles (una indudable máscara de Huxley) dice festivamente en *Point Counter Point*: “¿Por qué limitarse a introducir un solo novelista en la novela? ¿Por qué no un segundo en la novela del primero? ¿Y un tercero en la novela del segundo? Y así sucesivamente hasta el infinito, como esos anuncios de *Quaker Oats* en que se ve un quáquero que sostiene una caja de avena en la que se ve el retrato de otro quáquero que sostiene otra caja de avena, en la que, etc., etc.” Huxley ha cumplido ya la tarea de Sebastián y los resultados se encuentran en su último libro, *The Perennial Philosophy*, cuya idea central afirma que todos los grandes religiosos de todos los tiempos y todos los lugares coinciden misteriosamente, a pesar de actitudes mentales y temperamentales extremadamente diversas, acerca de la naturaleza de Dios y el camino hacia Él. Precisamente, al comienzo del libro, en el primer párrafo de la introducción, Huxley expone su tesis:

Philosophia perennis —la frase la inventó Leibniz—; pero la metafísica que percibe una divina realidad sustancial en el mundo de las cosas, de las

vidas y de los espíritus; la psicología que halla en el espíritu algo semejante a la divina realidad, y aun idéntico a ella; la ética que sitúa el fin último del hombre en el conocimiento del Fundamento inmanente y trascendente de todo ser: esto es inmemorial y universal.

La réplica inmediata y superficial que opone el materialista es que tal coincidencia puede explicarse como una condición puramente subjetiva, universal sólo porque es endémica en el hombre, dado su grado actual de evolución; un estado patológico que resulta de la estructura de la psiquis en su respuesta al conflicto con la realidad. Freud ha argumentado con términos parecidos en *El futuro como ilusión*. Pero Huxley responde eficazmente a esta crítica en alguna otra parte: “un árbol se conoce por sus frutos”. (Éste y “los medios determinan el fin” son los lemas de toda su obra posterior y aparecen continuamente en ella.) Los frutos de una ilusión son, pues, patológicos, pero los frutos del teísmo difundido por los santos y los místicos son una comprensión y una caridad desbordante, y puesto que la razón y el amor son las cualidades supremas de la humanidad que distinguen a los hombres de las bestias, lo que hombres racionales y fervorosos nos han enseñado, lo que eleva la comprensión y la bondad del amor hasta un grado excepcional, no puede ser ilusión.

Huxley refuerza su tesis empleando un vasto y variado número de ejemplos históricos tomados de la enseñanza de los santos y los místicos; en realidad, el libro es una colección cuidadosamente escogida de ejemplos comentados. Probablemente su posición se habría hecho mucho más firme con la inclusión de ejemplos de filósofos que también reforzaron el teísmo desde un punto de vista exclusivamente intelectual. Tan abrumadora es la supremacía del teísmo que, salvo pocas excepciones, los más grandes *razonadores* de todos los tiempos, filósofos de la talla de Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Descartes, Kant, Hegel, Whitehead, así como los más grandes *amantes*, los santos y los místicos

han atestiguado de continuo la existencia de Dios. Quienes más razonaron, quienes más amaron, han visto a Dios, pues la razón y el amor libres ascienden inevitablemente a su origen. Pero Huxley se ha sentido siempre inclinado a desdeñar a los filósofos — una de las actitudes de *Do What You Will* en la que aún persiste. Con todo, podría haber incluido con provecho a algunos de los “santos” paganos casi filósofos, como Marco Aurelio y Epicteto, ya que sin duda alguna eran hombres de excelente conducta y sus enseñanzas sobre Dios concuerdan en lo fundamental con las de los místicos, aunque sean de un nivel ligeramente inferior.

Los comentarios son profundos y hondamente sinceros, pero siempre simples y claros, según se advierte en todas las obras de Huxley. A pesar del sabor arcaico de muchas de las citas, el estilo y el pensamiento de Huxley, en los comentarios, estimula a leerlas y las destaca. Pero en cierto sentido, muy difícil de precisar, el estilo de Huxley es menos vívido que en sus obras anteriores, a causa, quizá, de que la calidad de su labor es menos personal. Estilo es personalidad y personalidad es estilo; cuando la tendencia del escritor lo lleva a sumir su personalidad en un evangelio de despersonalización, el estilo pierde algo de su calidad intensamente coloreada.

La cuestión de la personalidad de Dios que Sebastián debatía es uno de los problemas supremos que Huxley se ha planteado; en este libro se sugiere que la personalidad es un aspecto real de Dios que, sin embargo, puede estar en su esencia más allá de la persona. Siempre ha habido en la religión oriental una tendencia a pasar por alto el problema de la personalidad y a oscurecer la distinción entre el yo y Dios (entre el yo y el Yo) que es posible advertir en esta obra. Sin duda Huxley está aún inseguro, pero el problema es urgente. Acerca del tema de la inmortalidad parece sugerir una unión impersonal con Dios después de muchas encarnaciones, aunque, por otra parte, también sostiene la supervivencia personal según la tradición cristiana. La mayor difi-

cultad proviene de la naturaleza de los problemas mismos, algunos de los cuales —por ejemplo la relación del ser y el conocimiento— han concitado los espíritus más grandes y han turbado los más grandes corazones desde los comienzos del hombre. Huxley se refiere varias veces a este problema, pero no ha progresado en él. Aunque hable del “conocimiento como función del ser”, el libro todo es un argumento a favor de la actitud opuesta, según la cual los estados del ser pueden alterarse por cambios en el conocimiento.

Según esto, si los argumentos de Huxley convencieran a un materialista, éste sufriría un cambio sorprendente. Sin duda Huxley habría de responder, con muchos educadores espirituales, que acerca de esta, y otras cuestiones análogas, indagar demasiado hondamente y aspirar a una absoluta certeza sería una especie de orgullo que nos detendría en nuestra marcha de ascenso hacia Dios. Semejante actitud es valedera en relación con algunos problemas religiosos —especialmente el problema de Dios y del mal, que Huxley tiende a evitar. Por desgracia, parece haber equivocado el sentido de la expiación. En general aprecia el teocentrismo y el bien moral del Cristianismo sin comprender su significado histórico. Considera demasiado exclusivamente la religión en función de la más alta santidad y de la experiencia mística, olvidando inexplicablemente que los millones de seres que componen la humanidad, para los cuales se han establecido la religión y el Cristianismo, sólo pueden acercarse a Dios siguiendo los cauces humanísticos de la vida diaria, en toda su multiplicidad y plenitud. Sería preciso que algo más de la actitud de *Do What You Will* integrara *The Perennial Philosophy*. Afirmar con los modernistas que el Cristianismo es históricamente redundante, pero que es un mito necesario para guiar a las masas hacia una espiritualidad más alta, no es dar una respuesta. Si el hombre necesita esa especie de religión cotidiana que el Cristianismo pretende ser, sólo es razonable suponer que Dios, si se ha revelado, habrá de proporcionarle esta religión, y que será una religión objetivamente verdadera. El teo-

centrismo místico es accesible a muy pocos; pero el camino popular es accesible al hombre medio. Huxley no ve la necesidad de una Iglesia que incluya al místico y también al labriego que enciende una velilla ante una estatua adquiescente. Rinde generoso tributo a la universalidad del catolicismo sin comprender por qué es universal. Y debido a ello no logra explicarse cómo los grandes místicos católicos aumentaron su devoción a todas las prácticas piadosas a medida que avanzaban en santidad, puesto que, si Huxley tuviera razón, aquéllos, por una lógica ineludible, las habrían desechado.

Una persistente debilidad de Huxley como pensador, no obstante sus grandes conocimientos y su claridad expositiva, es su falta de arquitectura lógica. En parte, esta debilidad es innata; en parte proviene de la falta de disciplina y ejercicio filosófico que advertimos en tantos profetas literarios. Pero también puede provenir de su empirismo, y en la actualidad, principalmente, de la poderosa influencia que sobre él ejerce la religión oriental. Esta vaguedad oriental se manifiesta en las citas de los santos chinos e indios, por muy inspiradas y luminosas que sean. En la mayoría de los casos, las citas de los santos cristianos son más claras y lógicas.

Sin embargo, y no obstante los reparos que el cristiano puede oponerle, su libro surge como un desafío al materialista, al escéptico, al utópico evolucionista y a todas las frívolas y egoístas multitudes de nuestra turbulenta edad. El diagnóstico que Huxley hizo de nuestros males ha sido siempre agudo, y hay en esta obra la misma rigurosa precisión que toca los puntos neurálgicos de la epidemia moderna, de modo que respingamos bajo su ironía y nos sentimos expulsados de nuestra auto-complacencia. La inteligencia de Huxley fué siempre accesible a la idea de eternidad; y quizá porque posee una fundamental humildad, más allá de su sofisticada ironía, encontró lo que buscaba. "Pide, y te darán: golpea, y te abrirán". Lo que ha encontrado no es (aún) la plenitud de la verdad cristiana, porque todavía hay una distancia en su concep-

ción religiosa que sólo la Encarnación puede colmar. Pero ha encontrado el Dios de “la filosofía perenne”, y su desafío es el desafío de Shakespeare, de Tolstoy y de todos los más grandes artistas y profetas literarios. El desafío de los santos y los místicos de Oriente y de Occidente. El desafío de nuestra edad y de todas las edades. “Busca primero el Reino de Dios, y lo demás te será dado”.

ROBERT HAMILTON

NOTAS

Libros

ENSAYOS

JEAN - PAUL SARTRE Y EL PROBLEMA JUDÍO

La cuestión judía es una pesadilla para el pugilato mental. Se trata de una de esas realidades que trascienden vigorosamente el mundo de las cosas y, sin embargo, asumen la apariencia de una materia insidiosa, incierta, un enemigo que no se deja asir, y cuando se le creía bien aferrado, no es que se nos escape, propiamente, sino que se trueca en otra sustancia y otra figura, como en los sueños. La peor batalla que se puede ofrecer a un boxeador es enfrentarlo con un colchón de lana animado por fuerzas mágicas.

Si el problema judío se redujese, como pretenden los antisemitas, a un hecho étnico, cabría tratarlo partiendo de datos biológicos más o menos exactos, pero en todo caso situados en el mundo de la objetividad; si fuera un problema social, como el de la lucha de clases, por ejemplo, la antítesis que plantea podría ser superada, al menos teóricamente, con razonamientos apoyados en sistemas de economía política y de sociología. Pero la cuestión judía es todas esas cosas, sin ser completamente ninguna de ellas, y se mixtura con otros elementos relacionados con el mundo primitivo y hasta con ciertos impulsos subconscientes de orden sexual. Por eso el problema judío desalienta al pensador y le angustia como si lidiara con fantasmas, fantasmas, por otra parte, demasiado reales.

Pues bien: el mérito insigne de *Reflexiones sobre la cuestión judía*¹, la

¹ Ediciones SUR, Buenos Aires, 1948.

obra de Jean-Paul Sartre que acaba de aparecer en una excelente traducción de José Bianco, consiste en sacar a ese enemigo escurridizo de los sótanos donde anidaba, y ponerlo ahí, a la vista de todos, en pleno aire libre, en plena luz, encima de una mesa cubierta de vidrio. El filósofo del existencialismo consumió esta vez, con buena fortuna, una hazaña típicamente francesa, cartesiana: reducir a términos de razón un fragmento del caos.

Se inicia el ensayo de Sartre con un estudio del antisemita, que es, a nuestro parecer, la parte más brillante y menos controvertible del libro. Cada frase nos sorprende como una diana en el blanco de la evidencia. Se lee este capítulo con esa fruición intelectual que nos produce lo revelador y exacto. Es una fiesta —clara y alegre— del entendimiento triunfante, y tiene para el lector esa gracia de los supremos juegos de habilidad, de los aciertos tanto más admirables cuanto más reiterados. Al final de este primer capítulo, Sartre resume así los rasgos del antisemita: “Es un cobarde que no quiere confesarse su cobardía; un asesino que reprime y censura su tendencia al homicidio...; un descontento que no se atreve a rebelarse por temor a las consecuencias de su rebelión”. Cobardía, resentimiento (Sartre no emplea la expresión resentimiento, él sabrá por qué causa, pero su antisemita es un típico resentido que no se atreve a dirigir su rencor contra los “señores” y lo deriva hacia el judío). “Por lo común [el antisemitismo] se propaga en las clases medias, precisamente porque éstas no poseen tierras, ni castillos, ni casas; tan sólo dinero líquido en el banco. No fué por azar por lo que la pequeña burguesía alemana de 1925 era antisemita. Este «proletariado de cuello duro» tenía por principal cuidado el distinguirse del proletariado verdadero. Arruinado por la gran industria, becado por los Junker, todo su amor iba a los Junker y a los grandes industriales. Se entregó al antisemitismo con el mismo ímpetu que puso en usar ropas burguesas: *porque* los obreros eran internacionalistas, porque los Junker poseían a Alemania y él quería poseerla también. El antisemitismo no es sólo la alegría de odiar; procura placeres positivos: al tratar al judío como a un ser inferior y pernicioso, afirmo al mismo tiempo que pertenezco a una «élite», la cual, muy diferente en esto de las modernas «élites» que se fundan en el mérito o en el trabajo, se parece en todo a una aristocracia de nacimiento. Yo nada tengo que hacer para merecer mi superioridad, y tampoco puedo perderla. Me ha sido dada de una

vez por todas: es una *cosa*". El antisemita rehuye el planteamiento racional del problema que le obsesiona y lo lleva al terreno mágico. Se trata de un maniqueo para quien el judío es el Mal y el ario es el Bien. El fin de este combate "sólo puede ser una destrucción sagrada". El antisemita se sitúa, de tal manera, en los antípodas del marxista para quien el burgués no es sino la encarnación ocasional de fuerzas objetivas, y que por eso no se dirige contra él sino más bien contra el terreno social en el que nace y prospera su antagonista. Observa Sartre que el antisemitismo se da más frecuentemente en las clases que, como diría Alain, viven de "persuadir", de operar sobre los hombres (comerciantes, escritores, sacerdotes, políticos) y es menos común entre los que se dedican a operar sobre la materia (obreros, científicos). Esta distinción de Alain, desde que la conocimos, sedujo nuestro asentimiento, aunque no le habíamos sospechado la fecunda aplicación que le da Sartre. En efecto, la índole de ciertas profesiones favorece el maniqueísmo antisemita y otros maniqueísmos, porque ciertas tareas obligan a luchar contra voluntades humanas, e inducen, en consecuencia, a ver el mundo como máquina de intrigas, juego estratégico de personalidades. Pero, a menudo, el maniqueo antisemita, so capa de odiar el Mal, se siente atraído por él (aquí Sartre entra en el psicoanálisis) como esas mujeres antisemitas que "sienten una mezcla de repulsión y atracción sádica por los judíos". Finalmente Sartre engasta el fenómeno del antisemitismo en su propio sistema filosófico al concluir así: "El antisemitismo, en resumen, es el miedo ante la condición humana".

¿Qué es el judío? ¿Una raza, una religión, una nacionalidad? ¿No hay una "raza" judía, sino, en todo caso, muchas "razas" judías puesto que el judío argelino, moreno, de cabello rizado, se parece muy poco al judío polaco, rubio, de pelo liso. De hecho suele distinguirse al judío tan pronto por sus rasgos somáticos como psicológicos que se barajan y se utilizan, según conviene en cada caso, a fin de destilar al judío de una manera o de otra, y acabar por mostrarlo, triunfalmente, en la punta de los dedos: ahí está. Empero, Sartre admite una determinación del judío como *gestalt*, en el sentido de Kohler, una totalidad sincrética a la que se refiere el antisemita cuando dice que "huele al judío". Tampoco el judío puede ser definido, hoy, por su religión, puesto que en muchos casos no tiene ninguna y, aun cuando cambie de credo, el antisemita sigue

considerándole como judío. Está claro que no se trata, tampoco, de una “nación”, al menos en el sentido moderno de la palabra, pues en este caso sólo serían judíos los ciudadanos —semitas o arios— del flamante Estado de Israel. ¿Qué es, pues, el judío? La definición de Sartre tiene la sencillez —a mi juicio flagrantemente persuasiva— de los mejores hallazgos: Judío es “un hombre a quien los demás hombres consideran judío”. Es decir: un *marcado*. De ahí que no interese preguntar “¿qué es el judío?”, sino interrogar al cristiano, y decirle: “¿qué has hecho con el judío?”

Y al llegar aquí, el autor entra en el análisis de las reacciones, íntimas y de conducta, del judío “inauténtico” y del judío “auténtico”. Es decir, del que intenta evadirse de su condición de judío y del que la acepta y se apoya en ella para afirmar su vida. Para apreciar el acierto de Sartre, en este punto, no bastaría con ser buen psicólogo, según creemos; parece indispensable ser judío. ¡Y sincero! El judío inauténtico trata de escapar a su judaísmo y de ahí se derivan interesantísimas consecuencias. Así, “el judío, porque se sabe observado, toma la iniciativa e intenta observarse con los ojos de los demás. Esta objetividad hacia sí mismo es también una ardid de la inautenticidad: mientras se contempla con el «desasimiento» de otro, se siente en efecto desasido de sí mismo; es otro, un simple testigo”. Digamos, sin detenernos mucho, que nos parece muy justa la observación en cuanto se refiere a este desdoblamiento del judío; pero no creemos que sea siempre, necesariamente, un “ardid de la inautenticidad”, pues basta, para explicar el fenómeno, la mera reacción automática suscitada por el juicio ajeno que induce al sujeto a buscar la refutación defensiva. Si alguien nos hizo notar que tenemos la cara asimétrica, ácudivimos al testimonio del espejo y discutimos con nosotros mismos, objetivándonos, y “evadiéndonos” —necesidad de puro método— antes de aceptar o rechazar aquel juicio extraño. ¿Por qué atribuir siempre a inautenticidad esta operación mental? En cambio no nos parece dudosa la clarividencia del autor cuando dice que la inasimilación, tan reprochada al judío, se debe a que no le dejan nunca ser *hombre* y hasta cuando lo acogen, lo acogen como *judío*. ¿Por qué son racionalistas los judíos? Porque la razón es el único valor universal, valdero para cualquier hombre, el único en el que puede refugiarse el judío si quiere entrar en verdadera comunión de humanidad, al revés de lo que sucede

con otros valores de orden sentimental, en los que no se le conceden títulos legítimos de acceso, sin que él pueda defenderse, por pertenecer esos valores a un mundo íntimo, no susceptible de ser objetivado. Si un francés le dice a un judío que es incapaz de entender a Racine, el judío no logrará refutar el aserto ni aun escribiendo toda una biblioteca raciniana. Su adversario le replicará: "Yo ni siquiera leí a Racine, pero lo llevo en la sangre". Por idéntica razón, el judío, entre la tierra y el dinero, prefiere el dinero y sus títulos abstractos de valor cuya posesión no implica, como la primera, contenidos "misteriosos" de los cuales es fácil expulsarle dogmáticamente.

Todo esto y otros aspectos más del problema rezan, según Sartre, con el judío "inauténtico". Sin entrar a discutir las categorías de autenticidad e inautenticidad, que son parte importante de la filosofía sartriana, nos parece que el empeño, demasiado sistemático, de aplicarlas al caso, pudiera brindarnos el único lado verdaderamente vulnerable de la teoría. En cuanto al judío "auténtico" es el que, sin disimulos ni evasiones, se sabe *aparte*, intocable, infamado, proscrito, y *como tal* se reivindica. Simplemente, de acuerdo con la técnica del existencialismo sartriano, acepta su condición y trata de superarla apostando, sin salirse de ella, "por la grandeza humana". "Todo lo acepta, hasta el martirio, y el antisemita, desarmado, debe contentarse con ladrar a su paso sin poder marcarlo. Desde este momento, el judío, como todo hombre auténtico, escapa a la descripción".

Concluye Sartre que no hay un problema judío sino un problema cristiano, un problema de actitud del cristiano hacia el judío. Se trata de modificar esa actitud. ¿Cómo? ¿Asimilando, disolviendo al judío, como quiere el liberalismo? No. Es preciso reconocerle al judío el derecho a seguir siendo judío. Como medida práctica, factible e inmediata, propone la creación de una Liga contra el antisemitismo, no una Liga de judíos sino precisamente de cristianos y de "arios". A nosotros y no a los judíos corresponde hallar y administrar —administrarnos— el remedio para esta enfermedad de la conciencia social que es nuestra enfermedad y como tal nos alcanzará y nos intoxicará aunque, en cuanto individuos, no seamos antisemitas.

Esta solución apunta derechamente al mal, pero nos tememos que, por lo mismo, peque de cierta ingenuidad. Sus armas serían la persuasión, la propa-

ganda. ¿Bastan esas armas? Nos parece que no. Sólo sería eficaz esa Liga, según nuestro entender, si acudiera, "a posteriori", a servir una fuerza espontánea, de intereses sociales que encontraran en la lucha contra el antisemitismo su versión moral, del mismo modo que otras fuerzas, otros intereses, encuentran su expresión metafísica y política en el antisemitismo. En esta suerte de empresas es necesario siempre —tal creemos— un aliado de peso, quiere decirse, carnal, con densidad de materia. Y este aspecto del tema es el que echamos de menos en el ensayo de Jean-Paul Sartre, que, repetimos, tiene, por encima de sus muchos méritos, el muy alto de haber llevado el problema al terreno de la razón donde podrá ser desarrollado y conducido a un pleno esclarecimiento. Y esto es lo que hace del ensayo de Sartre un libro indispensable para todo hombre que no rehuya la obligación de vivir en su tiempo.

ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ

ALFONSO REYES: *Grata Compañía* ("Tezongle"); *Entre Libros* ("El Colegio de México"); *Letras de Nueva España* ("Fondo de Cultura Económica"). México, 1948.—

Tres libros de composición distinta —uno congrega ensayos, prólogos, artículos, recuerdos; el otro ordena apuntes sobre libros discutidos, meditados; y el tercero hace registro moderno de la expresión literaria de los siglos coloniales mexicanos— promueven esta consideración en torno de la segura aventura de este buen señor de las letras americanas con sensación aguda —y conciencia plena— de universalidad.

Cuando Alfonso Reyes vela armas, canta misa Rubén Darío. El modernismo suscribe las actas literarias de la generación de Reyes. Y lo hace con rúbrica desorbitada, excesiva, que era su manera de rubricar. Las vocaciones mozas de nuestra América colonial se conmueven entonces con la sonoridad incitadora, con la exuberancia verbal y el gasto palabrero en que ofició Rubén. El clima modernista era en todo absorbente. Pero, acampando en sus fechas, fraternizando con él en las revistas, en el obligado periodismo, Reyes hace su

propio tiempo, no se rinde a la gravosa influencia. Acaso, se pueda decir que la pasa por alto, pero es más exacto advertirse que la enfrenta y la vence. En el momento del exceso rubendariano, leyendo a Stevenson comenta esta advertencia: el estilo es economía; leyendo a los griegos no se decide a convocar para asamblea colonial sus voces y sus mitos, sino que se avisa que lo perdurable, lo valedero es la proporción. Sin anunciar batalla al modernismo —cartel dominador—, se la gana con esta divisa: economía y proporción. Economía y proporción hacen que las prosas reunidas en *Grata Compañía* y *Entre Libros* —prosas de ayer las más— se nos aparezcan perfectamente actuales. Economía y proporción ganan al tiempo; guiones de lo clásico.

La economía no supone un complejo laboreo en el ajuste de las palabras. El ajuste se ha llevado a cabo antes que las palabras aparezcan. El laboreo ha de ser cosa íntima, en zonas de rigurosa maduración, en los planos —contradictorios, siempre— de la experiencia personal, personalísima, aun cuando el hecho (pensado, sentido, vivido) sea derivado social o se proyecte hacia el mundo colectivo. Las palabras serán lo de menos. Y menos palabras traslucirán, sin duda, mayor experiencia, más cierta maduración. Cuando se llegue a la necesidad de usarlas, ya el proceso habrá comenzado a finalizar. Llevarlo a ellas —servirse de ellas— no será sino estación última. Tomar la pluma es complemento auxiliar. No se trata de otra cosa que de usar indispensables signos comunicados. Y para ello ahí están las voces del pueblo. (¿Verdad, Juan de Mairena?) Las voces de que se servía Santa Teresa. Reyes pide (en *Entre Libros*) que la imaginemos *llena de experiencia y de ocurrencias*, que *toma la pluma como cosa boba* para escribir como en charla de castellana vieja, que ya se dijo. Primero, llenarse de experiencia y de ocurrencias; luego poner todo eso en conversación de pueblo. Es el método. Es la economía. La economía consiste en espontaneidad; en escribir como habla el hombre (¿Verdad, Miguel de Unamuno?), como el hombre siente, como el hombre vive, sin agregar de sí —por que sí— nada más. Esta economía consiste no en sacar, sino en no agregar.

La proporción confirma —o sanciona— la economía, recortando la experiencia personal —y su texto, sus palabras— sobre un fondo de experiencia común (de civilización), ante el cual las palabras adquieren una estimación

universal. Cuando Alfonso Reyes nos dice (en *Entre Libros*) que Sor Juana Inés, la mejicana, “a la riqueza y buen estilo tradicionales de la prosa española, añade cierto rigor de palabras justas y hallazgos de expresión que, a la vez, poseen valor estético y científico”, ¿no nos indica esa relación inmediata entre economía y proporción? La proporción carga de nuevo sentido —trascendente— las palabras. Pero, acaso, la proporción no añade. Yo insisto: recorta.

A falta de experiencia —déficit colonial— la generación modernista puso palabras. Los que fueron ganando vida abandonaron el patrón palabrero. Por su parte, Alfonso Reyes —a quien su condición de americano de nuestra América colonial no le impuso filiación modernista, que fué americana y típicamente colonial— hace gasto de vida antes que gasto de palabras. Esto nos lo dice —faltándonos toda otra información, ni haciéndonos falta— su prosa, su prosa económica, su prosa proporcionada. Ello nos dice: este hombre no le deja escapar ningún sabor noble a la vida; buen catador de vinos; exacto gustador de los mediodías y las medianoches; lleno de experiencia y de ocurrencias, de vida y de libros. Así se da en él que, pleno de erudición, saque, acaso, una tesis de una sensación y no de un dato. Que maneje los datos como rostros de las sensaciones. Que en estos textos breves con apariencia de noticia o rigor de ficha (en *Entre Libros*) sorprenda un párrafo cualquiera en que queda enunciado y resuelto un ensayo. Que en *Juan Jacobo sale al campo* —qué página envidiable— (en *Grata Compañía*) nos reconstruye de entre lecturas —vida entre libros— un joven Rousseau de enternecedora aventura sin desenlace. Que en el recuento de los cronistas considere que a Díaz del Castillo “acaso se le siente mejor el corazón” (en *Letras de Nueva España*).

De esa manera, se gana Alfonso Reyes, el fondo —no extensión (extensivo era el modernismo)— de universalidad. Necesaria universalidad. Somos sus aprendices, sus demorados aprendices. “El apostólico Hostos, civilizador en las Antillas —escribe Reyes (en *Grata Compañía*)—, siente en el alma propia la dolorosa gestación del ser americano. «Hombres a medias, civilizaciones a medias» gritaba con ansiedad, sembrando escuelas”. Hombres a medias, civilizaciones a medias. ¿Se puede mencionar con signos más precisos a nuestra América? Pero en ella se han tendido avanzadas. Una de ellas es Ruiz de

Alarcón. Reyes se exalta (el modernismo no se exalta, se excita) en su recuerdo: "Es el primer mexicano universal, el primero que sale de las fronteras, el primero que rompe las aduanas" (en *Letras de Nueva España*). Trasponer fronteras (como paso no meramente geográfico), romper aduanas (no sólo como acto de liberación política), llevarse el equipaje nativo por el mundo y volverlo luego a la patria con la experiencia del mundo. Itinerario así no totalizó, en verdad, el lejano Alarcón. Lo totalizó Alfonso Reyes, que ha conseguido ser el completo mexicano universal, avanzada de América, aprendiz de universalidad.

Estos *Entre Libros y Grata Compañía* son los boletines de la marcha, reunidos en un alto, algo así como un recuento para seguir marchando. (Me cosquillea el oído la voz de Martí: "Es hora del recuento y de la marcha"). *Letras de Nueva España* es ordenación y examen de fuentes nativas, de primeras experiencias que ayudan a partir.

Entiendo que hay anuncios antiguos que nos lo venían anunciando a Alfonso Reyes. Escribió uno de ellos, hacia fines del 1500, Juan de Cárdenas, en su *Problemas secretos y maravillosos de las Indias*, con estas palabras: "Cierto que los nacidos en Indias sean a una mano de agudo, trascendido y delicado ingenio".

DARDO CÚNEO

NOVELA

CHRISTOPHER ISHERWOOD: *Adiós a Berlín* (SUR, Buenos Aires, 1948). —

En *Lions and Shadows*, que lleva como subtítulo: "Una educación en la década de los años veinte", Christopher Isherwood dice al comentar su inveterada afición al cine: "Me interesaba y sigue interesándome de manera inagotable el aspecto de la gente; sus expresiones faciales, sus gestos, su porte, sus tics nerviosos, sus infinitos y varios modos de comer un chorizo, de desenvolver un paquete, de encender un cigarrillo. El cine coloca a las gentes bajo un microscopio, y uno puede observarlas, examinarlas como si fueran insectos. Desde este punto de vista, la película más estúpida puede estar llena de sorprendentes reve-

laciones sobre el *tiempo* y la dinámica de la vida cotidiana: se ve cada acción en relación a otra, al espacio que ocupa y al tiempo que requiere. Así como es más fácil recordar una cara imaginándola bidimensionalmente en un espejo, así el novelista que quiera visualizar el desarrollo de una escena deberá proyectarla en una pantalla imaginaria”.

En este párrafo de sus recuerdos autobiográficos, Christopher Isherwood sintetiza, quizás involuntariamente, lo que es primordial en sus novelas: la extremada agudeza de observación. Pero su observación nunca es fría, condescendiente, condenatoria o protectora; como buen humorista y hombre que está en paz con la vida, tiene la actitud interior del sabio que al estudiar bajo el lente microscópico la pata peluda de una mosca, sabe que vista de esa manera cualquier parte de su cuerpo sería igualmente horrible, y no olvida que si el insecto es desagradablemente velludo, sus alas son irisadas y su vuelo liviano.

Pese a esa humildad —o tal vez debido a esa humildad— no sólo se da el lujo de escribir sus libros en primera persona, sino que se menciona a sí mismo en todos ellos. “No porque haya dado mi nombre y apellido al *yo* de esta narración —advierte en las palabras preliminares de *Adiós a Berlín*—, los lectores tienen derecho a suponer que sus páginas son puramente biográficas, o que sus personajes son retratos infamatoriamente exactos de personas vivientes. *Christopher Isherwood* es un conveniente y cómodo muñeco de ventrílocuo, nada más”. Pero apenas nos adentramos en la narración advertimos que el muñeco de ventrílocuo tiene el don bendito de no tomarse a sí mismo demasiado en serio y que logra, mediante ese don, retratos exactos pero nunca vejatorios. Con ternura exenta de sentimentalismo, desentraña siempre lo que de ángel puede haber en el más mísero de sus personajes, librándose así de caer en la *selfrighteousness* o autocomplacencia —nacional, social o individual— que torna tan pueriles y exacerbantes algunas novelas o cuentos contemporáneos, en los cuales, bajo una simulada objetividad, el autor trata en vano de ocultar el derecho de pequeño Júpiter Tonante que a sí mismo se otorga.

Esa falta de arrogancia que permitió a Isherwood, cuando era maestro de inglés en Alemania, conocer a la gente más diversa y convivir en los ambientes más dispares, le permitió también llevar a cabo la tarea más difícil que pueda emprender un escritor: hacer la novela de una ciudad. Y no sólo ha logrado

trabar en desarrollo lógico y con unidad de acción los distintos grupos humanos que componen una gran urbe, sino que, mediante las vidas aisladas de personas que no participan directamente en el movimiento político o que no tienen conciencia de lo que está aconteciendo, explica también las causas de la convulsión que se produjo en los años 1930-1933 y que llevaron a Hitler al poder.

Pero si bien el autor de *Adiós a Berlín* ve lo colectivo a través del individuo, nunca toma al hombre como símbolo; ninguno de sus innumerables personajes está construido *a priori* para encarnar una idea, y si algunos pocos de ellos pertenecen a determinadas agrupaciones políticas o se caracterizan por su odio racial, nunca Isherwood los clasifica o califica pegándoles una etiqueta: Lothar Nowak, por ejemplo, antes que nazi es un obrero taciturno que gana algún dinerito extra componiendo relojes y cerraduras los domingos; Bernhard Landauer, antes que judío o capitalista, es un muchacho refinado, complicado en su sencillez, aficionado al arte y escéptico en cuanto a ideologías; poco importa qué credo profesen Hippi Bernstein o Natalia Landaguer: importa que aquélla se lo pase comiendo naranjas, chismeando y comentando su riente futuro, y que ésta acose sin tregua a su maestro hablándole de libros y más libros; que Pieps, el *habitué* del Alexander Bar, sea un hábil carterista no tiene mayor importancia, pero sí la tiene su carácter extraordinariamente feliz, y aunque Sally Bowles se acostara con todos los hombres de Berlín, “nunca llegaría a ser una *Dame aux Camelias*”, según afirma el autor.

Así, por medio de una intuición que le hace adivinar lo que es esencial en cada uno, y mediante un diálogo breve o la descripción de un ademán, Isherwood redondea acabadamente un personaje y crea un carácter inolvidable. No sólo son bidimensionales los rostros que describe: al mover a sus personajes en el aire y en el tiempo, nos hace respirar en la atmósfera que ellos respiran, ver las cosas como ellos las ven y oír los ruidos que ellos oyen. Después de cerrar el libro, nos parece que hemos sido uno de los huéspedes de la pensión, llena de pequeñas intrigas y de pequeños sacrificios, de la buenísima y cándida Fraulein Schroeder; que hemos entrado repetidas veces en la casa, toda ventanas de vidrio abiertas sobre el pinar de Grünewald, donde viven los Bernstein; que nos hemos aburrido en la *boite* “Troïka”, pese a los teléfonos individuales de mesa a mesa y al esmerado servicio; que hemos oído cantar a Sally Bowles en el

Lady Windermere, la taberna pseudo artística, con sus paredes cubiertas de croquis y el abanico, cuatro veces su tamaño natural, expuesto sobre el mostrador; que en la “villa” de Bernhard Landauer, situada junto a un lago, hemos asistido a la fiesta campestre y oído exclamar a alguien, luego de escuchar por radio los cómputos del último escrutinio: “el capitalismo se ha salvado una vez más”; que, como Isherwood, hemos convivido con la apretujada e irascible familia Newark, que arrastra una existencia sórdida en dos cuartuchos y una cocina que dan sobre un patio retumbante y mal oliente; que en la playa de la isla de Ruegen, cubierta de parasoles, hemos visto flamear los banderines con las swastika sobre algunos de ellos y a sus dueños construir parapetos de arena con un *Heil Hitler* inscripto con caracoles; que nos hemos sentado junto al fuego de la chimenea en los departamentos de un barrio residencial, donde las “alumnas” de Isherwood discuten *Lady Chatterley’s Lover* o *Point Counter Point* mientras mucamos de librea les sirven tostadas con mantequilla; que hemos pasado horas perdidas bajo la luz roja de los faroles chinescos del *Alexander Bar*, frecuentado por maleantes, turistas en busca de color local y batidas policiales; que un domingo nevado hemos visitado el sanatorio para tuberculosos donde, por fin, se ha internado Frau Newark, luego “de pasar horas y horas, de noche, cosiendo su ropa interior de cálida franela, sonriente como la mujer que espera un hijo”; que en el club de *boy scouts* comunistas hemos visto los innumerables retratos tomados invariablemente con la máquina fotográfica inclinada hacia arriba y las caras recortadas sobre cielos con nubes; que en la habitación de Sally Bowles hemos probado los huevos pasados por agua que ella prepara revolviéndolos con el cabo de una lapicera, y que en un café cualquiera hemos llegado a oír la conversación que, sobre el futuro del Partido, sostiene un joven nazi medio borracho con su chica: “¡Oh, ya sé que ganaremos —exclama él con impaciencia— pero eso no basta! —Da un puñetazo sobre la mesa—: ¡Tiene que correr sangre! —La muchacha le acaricia el brazo para tranquilizarlo. Trata de convencerlo de que vuelva a su casa—: Pero por supuesto que va a correr, querido. —Lo arrulla para consolarlo—: El Fuehrer lo ha prometido en nuestro programa”.

Porque inevitablemente, en todo lugar que Isherwood describe, hay un síntoma, insignificante a veces, grave otras, de una inestabilidad material y moral

que conduce al desastre. Se lo presiente en la clase media, insolvente y amargada, en la pudiente, perpleja y atemorizada, en la obrera, dividida y parcialmente engañada; en la juventud, que lleva una vida “de lobreguez sin esperanza”; entre los intelectuales que ven precipitarse los acontecimientos con impotente resignación. Ello no obstante, en cada uno de esos grupos hay quienes hacen planes optimistas para su futuro individual, y este poder de ilusión en seres cuyo destino hemos visto luego, sería lo que más triste podría parécernos hoy —hoy, con un Berlín que después de cubrir media Europa con campos de concentración, está reducido a escombros, hambriento y ocupado— si no hablara el libro de algo más desesperante aún: de la indiferencia con que la mayoría de los berlineses veía derrumbarse la dignidad humana; el *Allerhand*, dicho —con un encogimiento de hombros— por los transeúntes que presenciaban en la calle los asaltos de los matones nazis a una sola persona, mientras la policía permanecía obediente e impasible.

En *Adiós Berlín*, sin embargo, no abundan episodios de esta índole. Episodios que otros testimonios, escritos la mayoría de ellos en estilo periodístico, nos han hecho conocer, y a través de los cuales los discursos de balcón o de estrado parecían ser la única voz de la capital alemana, así como los desfiles organizados la única actividad que en ella se desarrollaba. Los rugidos que buscaban aprobación y los rugidos que aprobaban, el despliegue de estandartes y las marchas pardas ocultaban otra vida; la que proseguía oscuramente, rutinaria, cotidiana, a espaldas de las aglomeraciones, los “meetings” o las camarillas oficiales. Christopher Isherwood nos cuenta de esa vida, del clima moral que los problemas económicos y las doctrinas nacionalistas iban creando; de la repercusión de aquellos hechos en cada corazón y de la manera casual y gradual en que llegaban a los lugares más diversos las noticias del cambio que se estaba llevando a cabo: el lechero o el panadero enteran a sus clientes una mañana, entre otras cosas, de que en el centro los Bancos están cerrando; o Bernhard Landauer, dueño de una gran tienda, comienza a recibir, sin mayor asombro, anónimos en que le advierten que sus días están contados, o, al ver pasar por una avenida un cortejo fúnebre seguido por funcionarios cariacontecidos, un espectador comenta incidentalmente que ése es el entierro de la Social-Democracia...

Un alemán no hubiera podido escribir este libro, ni tampoco alguien demasiado encasillado en una ideología política determinada; para poder escribirlo era imprescindible que el autor no fuera anti-alemán y que tuviera nociones de economía política. Isherwood no sólo no es anti-alemán sino que tiene marcada simpatía por los alemanes y conoce tan a fondo la economía política que la utiliza a manera de armazón de fondo, de columna vertebral flexible, pero bien ajustada, sobre la cual ciñe los siete episodios que componen su libro, sin caer jamás en un lema o una frase doctrinaria. Esta invisible estructura da a su novela mayor unidad de la que podría darle el simple hecho de que los personajes de una narración vuelvan a aparecer en otra, y permite a Isherwood avanzar y retroceder en el tiempo sin que en la mente del lector se produzca el menor desenfoque.

Los siete episodios aparecieron reunidos bajo el título de *Adiós a Berlín* en el año 1938, y al leer ahora la versión que SUR nos da en castellano advertimos que los diez años transcurrido han obrado a favor del libro, destacando un significado histórico que, hace una década, no podía menos que permanecer oculto. La guerra, cuya posibilidad ninguno de los personajes menciona, en vez de alejarlos de nosotros nos los acerca: las nubes que sobre ellos se acumularon pueden acumularse en cualquier cielo.

Adiós a Berlín coloca a Christopher Isherwood en la gran tradición de los novelistas de su tierra; con ellos tiene en común, además de la agudeza de observación y de la capacidad ya señalada de crear personajes vivientes, la ecuanimidad de espíritu, la naturalidad de "buena compañía" y el don de ser, a la vez, profundo y extraordinariamente ameno.

MARÍA ROSA OLIVER

HERMANN HESSE: *Narciso y Goldmundo* (Sudamericana, Buenos Aires, 1948.).—

Densa, tumultuosa y eficaz, la sustancia de este libro bulle como la sangre animada por el ritmo cordial. Así como el equilibrio aparentemente reposado, que se manifiesta al exterior en la salud, es el resultado de infinitos y minuciosos

afanes secretos en el funcionamiento de cada víscera, así también adivinamos una oculta tensión en el suceder del estilo de Hesse, que siempre está diciendo más de lo que parece decir, y ello hace que sus frases aparezcan como sostenidas, no sólo por un contenido manifiesto, sino por otros fundamentos que las cimientan en lo oscuro. Cada palabra no sólo responde a las necesidades lógicas de la frase a que pertenece: de ella parten mágicas implicaciones que la ligan a un significado más profundo. ¿No es así cómo opera la Realidad? La superficie de las cosas vale, no como elemento desligado de la intimidad y antagónico ocultador de ella, sino, por el contrario, como acceso a su seno: la superficie es la generosa apertura de una entraña a la luz.

Por oposición a ese rigor geométrico de los libros deliberadamente simbólicos, en los que cada concepto enmascarado juega a no ser lo que debe ser, aunque bajo su disfraz permanezca apresado dentro de una ineludible identidad limitadora, en esta novela el juego simbólico es de una generosidad vital, posiblemente ajeno a una voluntad explícita de su autor, pero que hace que cada palabra desborde de significado. Sus protagonistas, Narciso y Goldmundo, joven maestro de un monasterio el primero, su predilecto discípulo el segundo, configuran las dos partes complementarias de un ser total antes de la escisión platónica. Narciso es el intelecto, Goldmundo la pasión. Narciso, su nombre no es vano, alcanza su plenitud en la autocontemplación; Goldmundo, que quiere decir en alemán tanto como Boca de Oro, está hecho para la expresión. Aquél, pues, será el filósofo y éste el artista. En Narciso hay la precisión del mito que se recorta neto como el perfil dórico de una columna sobre el cielo del Acrópolis; en Goldmundo, todo es tumultuoso y primario, aun no surgido por completo del caos nórdico; su proceder es el de un anticipado mantenedor de la divisa romántica "Sturm und Drang", tempestad e impulso.

Una limpia apetencia de identificación de los contrarios desencadena entre ambos seres una verdadera pasión de entendimiento, pero Narciso, el conocedor, Narciso, cuyo destino está en la soledad acompañada exclusivamente por su propia imagen, comprende que la realización del destino de su amigo hace imprescindible su pérdida. Quien se ciñe a las esencias últimas del ser puede prescindir del tumulto mundano, y en la cerrada claridad del claustro hallará sus evidencias últimas. Su encierro no será renunciamento; antes bien,

para Narciso el renunciamiento estaría en la entrega al tráfago absorbente de las contingencias humanas, que le impedirían el acceso a su fin más ansiado.

Pero Goldmundo, en cambio, no podrá hallarse sino perdiéndose; como la semilla de la parábola, deberá podrirse antes de resucitar; sólo dándose, enagenándose podrá recobrase. Para seres así, la vida monástica es el más seguro camino de extravío. Narciso no titubea en el sacrificio de la intimidad de aquel a quien considera como su hermano mayor, y tranquilamente le indica la necesidad de separar sus caminos; y, mientras él permanece en el encierro de su celda de estudioso, le abre de par en par las terribles puertas del mundo.

¡Qué plenitud de goce, limpio goce de animal paradisiaco, el que depara a Goldmundo la revelación del ejercicio sexual! Hay un deslumbramiento en esa aguda alegría carnal que le hace vibrar al darse, recobrándose. No medita, no piensa; se sumerge en la totalidad de lo que Lawrence llamaba lo fálico. Piensa en su amigo lejano como en algo que llegará a alcanzar por caminos que él desconoce, mientras se sume cada vez más en las trémulas ansiedades de lo carnal que le apartan de él. El mundo es, para su frenesí, como una selva no formada por árboles, sino por mujeres, una selva que, en definitiva, hay que atravesar en procura de algo que no sabe aún bien qué será, de algo que aportará un sentido recóndito a tanto goce disperso en lo puramente individual. Y esa meta, que sólo a su debido tiempo se le revela, es el Arte. El Arte, no para obtener la belleza sino la inmortalidad, no como el regocijo de una forma cabal, sino como la salvación que hasta entonces estaba dispersa en cada gesto, en cada forma. Y al hacerse estatuario, al expresar lo más alto que encierra en sí mismo, es la imagen de Narciso, de su solitario maestro, que perdura tanto en su celda como en la reconditez de su espíritu, la que fluye a sus manos, la que se impone inequívoca sobre la madera que labra, bajo la forma de un San Juan, —el discípulo predilecto—, fervorosa, minuciosamente esculpida, a su vez, por el más predilecto de sus discípulos.

Es demasiado rica la sustancia de este libro para ser compendiada en las exiguas proporciones de una simple nota bibliográfica. Pero no quiero pasar en silencio un detalle de su técnica. Avanzadas muchas páginas de su lectura, el lector aún no sabe en qué época histórica ubicar su acción. Tanta es la potencia iluminadora del presente en que se desarrolla. Luego, ciertas circuns-

tancias, el tipo de vida en la ciudad, la peste negra, etc., le revelan poco a poco que está en los comienzos del Renacimiento del pleno Imperio Alemán. El autor rehuye el manejo del cachivacherío que entorpece la limpieza de la acción en tanta novela histórica desde *Salambó* hasta nuestros días. No hay detalles suntuarios, sino los puramente indispensables. Los personajes no se asombran de vestir como todos sus contemporáneos, más de lo que nosotros podemos admirarnos de viajar en subterráneo o en avión. Todo lo circunstancial permanece relegado al plano inferior que le corresponde. El desarrollo de estos dos destinos tan identificados y diversos de Goldmundo y Narciso es lo único que verdaderamente interesa a su autor, y esa concentración de todas sus facultades para lograr tan arduo designio es la que ha conseguido la realización de un libro tan cabal, cuya lectura nos deja, como regusto, ese noble y melancólico cansancio que emana de cada destino verdaderamente cumplido.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

Espectáculos

LA "HISTORIA DEL SOLDADO"

Como atracción principal de un *Festival Strawinsky*, se presentó en el Teatro Municipal de Buenos Aires la *Historia del soldado*, en la lujosa y colorista versión de Margarita Wallman.

Lujosa y colorista; y agradable de ver. Pero ¿corresponde una presentación de este tipo al propósito de los autores? Decididamente, no. La *Historia* fué compuesta, dice Strawinsky, en una de las épocas "más duras de mi vida... Fué así cómo Ramuz y yo tuvimos la idea de crear, con los menores gastos posibles, una especie de pequeño teatro ambulante..." "Otra cosa más me hacía esta idea particularmente atractiva: y es el interés que ofrece para el espectador la visibilidad de esos instrumentos, interpretando cada uno de ellos su papel con-

certante.”¹ Y en cuanto a los actores y su categoría especial, Ramuz señala que eran solamente tres². Se entiende que no es sensato echar de menos el teatrillo ambulante, pero sí es legítimo sorprenderse ante la ausencia de músicos visualmente perceptibles, reemplazados por un concurso de bailarines que sextuplica —por lo menos— el número original de personajes. Y como todo cambio material supone modificaciones correlativas en otros órdenes, es de figurarse lo que queda del escueto retablo inicial que era la *Historia del soldado*: prácticamente, nada. Hasta el papel espiritual, casi exterior a la acción, del Narrador, y hasta la misma música, pierden importancia y quedan relegados a ser meros complementos del espectáculo visual.

Hecha esta salvedad, corresponde decir que la “versión dramático-coreográfica” de Margarita Wallman es saltatoriamente muy satisfactoria y, muchas veces, de un gran encanto, al que contribuyen los decorados y trajes de Basaldúa. Muy bien Roger Fenonjois (el Soldado), deliciosa Norma Horvath (la Princesa), extraordinario el Diabolo de Max de Balzac. Buen trabajo el del Narrador, André Dumont, aunque alguna vez se le cambiarían algunos ademanes por un poquito de dicción. Excelentes los instrumentistas; sin embargo, no hubiera sido de poco provecho para su director meditar diez minutos más los consejos de Scherchen sobre esta difícil partitura (en las páginas 287 a 303 de su libro *El arte de dirigir la orquesta*).

Un elemento de sutil insinuación lo constituyó el programa, pérfidamente contradictorio con la acción: “...el viejo le anuncia que le dará cuatro bistecs por día”. “Se siente vivo entre los muertos”, etc. Y el espectador oye: “...de la viande trois fois par jour...” “Je suis mort parmi les vivants”. Y el espectador tampoco sabe si el soldado pasó dos o tres días en casa del diablo, ni imagina quién puede ser “Afasenieff”, ni qué es un “tamborillero” o un “fagote”, lo que, combinado con otras amenidades ortográficas (“finjirse”, por ejemplo) constituye la única supervivencia de la atmósfera fantasmagórica de la *Historia*.

DANIEL DEVOTO

¹ Igor Strawinsky, *Crónicas de mi vida* (Buenos Aires, SUR, 1935).

² C. F. Ramuz, *Souvenirs sur Igor Strawinsky* (París, N. R. F., 1929).

C A L E N D A R I O

REDESCUBRIMIENTO DE UNA NOVELA. — Se titula *Memorias de un pecador justificado*, la escribió James Hogg y se publicó por vez primera en Inglaterra en 1824. Ahora Gide prologa la edición francesa, de aparición inminente, y mientras tanto "La Table Ronde" (entregas de septiembre y octubre) ha dado a conocer el prólogo y los capítulos iniciales. El "justified sinner" de James Hogg pertenece a la secta de los "antinomistas", discípulos de Johannes Agricola. Según esta doctrina, el "hijo de Dios" no puede pecar nunca, por más crímenes que cometa, Dios no quiere al hombre por su santidad, la santidad no conduce necesariamente a la salvación, etcétera. En la novela de Hogg, un amigo del pecador encarna al diablo, y es un diablo que se parece al hombre en quien se interesa. "Mi aspecto cambia con lo que aprendo y siento —dice al pecador—. Si contemplo atentamente los rasgos de alguien, los míos toman poco a poco su apariencia, y al tomar su apariencia, me apodero de sus pensamientos más secretos.

Esta configuración del demonio encanta a Gide. "El demonio —explica en el prólogo— es el desarrollo exteriorizado de nuestros propios deseos, de nuestro orgullo, de nuestros pensamientos más íntimos. Está hecho de la complacencia que sentimos hacia nosotros mismos". Gide señala que Hogg justifica psicológicamente la parte fantástica de su novela sin recurrir a lo sobrenatural, así como hace Henry James en *Otra vuelta de tuerca*. Y agrega: "Cuando leí por tercera vez la incomparable obra maestra de Henry James

quedé convencido de lo siguiente: toda la parte del relato que parece desbordar hacia lo sobrenatural no es sino un efecto natural del trastorno psíquico de la institutriz, o más sencillamente aún: del terror".

GENET EN LA CÁRCEL. — En una proyectada charla ante el micrófono de la cual se ocuparon todos los diarios franceses, porque las autoridades prohibieron que se radiara, Jean Genet pedía a las almas caritativas que no intervinieran en favor de los condenados a muerte, "privándoles del castigo a que tienen derecho". El autor de *Las criadas* insistía en un tema que lo apasiona y que le ha hecho cantar, en uno de sus poemas, "la apoteosis de la guillotina y la maravillosa desgracia de los asesinos decapitados". Ahora Genet está en la cárcel, por robo, abuso de confianza y estafas reiteradas, y Picasso, Cocteau y Sartre han escrito una carta al Presidente de la República pidiendo por anticipado el indulto de la pena, no de muerte, pero sí de relegación por varios años, que habrá de corresponder a Genet cuando se dicte sentencia. El recuerdo de Villon y de Verlaine, invocado en la carta, es un argumento al que no se mostrará insensible (acaso) el señor Vincent Auriol. (Ya en 1943, durante el primer proceso a Genet, Cocteau declaró, en plena audiencia, que "no se podía condenar al mejor poeta de toda una época"). Agreguemos que Genet comete los delitos que se le atribuyen por mero diletantismo; no le faltan Mecenas dispuestos a prestarle su ayuda económica; además, sus libros, que

circulan en ediciones privadas, se venden muy bien y a precios muy altos. Por ello, sin duda, el "Petit Dictionnaire à la Page" que publica "La Gazette des Lettres" (octubre 30) le atribuye con mucha gracia la paternidad de una novela: *La novela de un joven pobre*.

LA EDAD MEDIA EN CINE. — En los últimos tiempos ha habido varios intentos de aproximación entre el cine y la pintura: recordemos los hermosos films que Gras y Emmer han hecho sobre el Giotto y sobre el Bosco; el de Umberto Barbaro sobre el Carpaccio y el de Resné sobre Van Gogh. Muchas veces, como en el caso de Gras, la teoría es discutible y quizá equivocada, pero el film adquiere categoría de obra de arte a pesar de la teoría.

Ahora en París un joven realizador, William Novik, metido en los sótanos de la Biblioteca Nacional, está filmando la Edad Media, a base de grabados y miniaturas iluminadas de la época. "Mi primer idea —dice Novik— fué hacer una película sobre el amor cortés, fotografiando los grabados medievales. Luego fuí ampliando mi pretensión; ahora quiero dar una idea de lo que fué la vida de la Edad Media en Francia. Para ello preparé dos mil fichas y finalmente he elegido trescientos cuadros. La Biblioteca ha puesto a mi disposición los documentos más raros y preciosos, aquellos que sólo se permite tocar con manos enguantadas y con infinitas precauciones... Mediante la secuencia de cuadros y grabados, mostraré la vida de los campesinos, de los burgueses, de la nobleza y del clero. Y luego, lo que domina toda la época: la idea de

la muerte; el film terminará con una visión del infierno". No hay que imaginar que la danza macabra ha de ser acompañada por música de Saint-Saëns. Novik utilizará exclusivamente música de la época (Guillaume de Machault, Ventadour, etc.), tocada en instrumentos medievales.

MÁS SOBRE CINE Y PINTURA. — Precisamente, en el número 4 de la revista *Escritura* aparece un artículo sobre las relaciones entre pintura y cinematografía, por José María Podestá. Elogios de *El relato sobre un fresco*, de Luciano Emmer y Enrico Gras —el excelente film que SUR dió a conocer en Buenos Aires—. En la teoría de estos realizadores italianos se sostiene que, así como en la bidimensionalidad de la tela hay una tercera dimensión fingida (perspectiva), puede haber una cuarta, el tiempo, también implícita. El cine sería el destinado a poner de manifiesto esta dimensión temporal.

ÉTICA Y ESTÉTICA. — Las épocas de tranquilidad social parecen ser propicias a las doctrinas puristas del arte por el arte. Las épocas turbulentas, por el contrario, plantean una y otra vez la trascendencia ética y práctica de la creación artística; basta examinar cualquier revista literaria actual para advertir la creciente importancia de este planteo. También en este número de la revista uruguaya nos encontramos con dos ensayos: uno de Daniel Rops, sobre la grandeza y la miseria del absurdo, y otro de Romualdo Brughetti, sobre la responsabilidad del creador en el mundo actual.

MALRAUX Y EL MARXISMO. — En una carta de París, que trae la misma revista, se

dice: "El favor provisional de que goza Sartre... aventaja poco al interés renovado que suscita Malraux. En dos años, ya han sido dedicados dos libros (de Gaëtan Picon y de Claude Mauriac) al autor de *La condition humaine*, y hay otros en preparación. ¿Por qué? Porque Malraux es el único escritor que, *sin desdeñar el marxismo*, lo combate. No lo combate en nombre de la tradición sino en nombre del porvenir. No le opone los últimos destellos de la cultura burguesa (destellos que iluminan la gran frente patriarcal de Gide); le opone las luces todavía indecisas que anuncian el nacimiento de una nueva cultura occidental. Para la cultura burguesa del siglo XIX, libertad y destino eran contradictorios. No lo son más para Malraux, que prepara el advenimiento del héroe liberal. Al mismo tiempo que se consagra a la política más militante, Malraux continúa estableciendo las reglas de una estética patética, y el primer tomo de *Musée Imaginaire* es sin duda el más hermoso material de las vidrieras de librería. Hermoso material que tiene también las propiedades requeridas por todo explosivo y que consagra la irremediable ruptura de las artes plásticas y de las pretensiones burguesas".

DESTRUCCIÓN DE BIBLIOTECAS. — Durante la última guerra, Polonia perdió el noventa y cinco por ciento de sus libros: desaparecieron casi quince millones de ejemplares.

REUNIÓN. — Nueva revista literaria editada cuatrimestralmente en Buenos Aires, con excelente material. Ensayos, poemas, notas

y cuentos de Lawrence Durrell, E. L. Revol, René Char, Karl Schapiro, Emilio Sosa López, R. Mosquera, E. Sabato, Stephen Spender, Alfredo J. J. Weiss.

GRODDECK Y FREUD. — En el ensayo que Lawrence Durrell dedica en esa revista al pensamiento de Groddeck, dice: "Sin embargo, considerando el lugar de Groddeck en la psicología, merecen ser aclarados uno o dos errores en beneficio de aquellos que lo han confundido, o continúan confundiéndolo, al considerarlo como un discípulo ortodoxo de Freud. Tan grande era, empero, su veneración por Freud, que bien puede ser perdonado aquel cronista que una vez lo describió como un popularizador de la teoría freudiana. No obstante, ningún enunciado podría estar más lejos de la verdad, pues Groddeck, en tanto que acepta y aprovecha buena parte del considerable instrumental del maestro, está separado totalmente de Freud por una concepción muy diferente sobre la constitución y el funcionamiento de la psique humana, con cosas tales como esos maravillosos descubrimientos sobre la naturaleza del sueño, el significado de la resistencia y la transferencia. En su uso de estos grandes instrumentos conceptuales, Groddeck estaba, sin embargo, tan alejado de Freud como Lao-Tsé de Confucio... Según Freud, la psique humana está constituida de dos mitades, la consciente y la inconsciente. Para Groddeck, en cambio, toda la psique, con sus inevitables dualismos, parece ser, simplemente, una función de algo más —una cantidad desconocida— que prefirió estudiar con el nombre de Ello."

RACISMO EN LA UNESCO. — En vísperas de la apertura de la conferencia de la UNESCO en Beirut, Morris Fischer, representante de Israel en París, fué notificado oficialmente por el secretariado de la UNESCO que el gobierno libanés se había negado a otorgar visas a los observadores israelitas; éstos concurrían invitados por el doctor Julian Huxley. Durante las conversaciones preliminares, Charles Makil, delegado libanés ante la UN, había declarado que el Líbano no haría discriminaciones raciales entre los delegados a la conferencia, promesa que decidió a la UNESCO a realizar su conferencia en el Líbano. La actitud posterior de esa nación asombró a las delegaciones. El gobierno de Israel se negó, en tales condiciones, a enviar a sus observadores.

TRAS UN SIGLO DE MARXISMO. — Es el título de un ensayo de Guido de Ruggiero en el número 10 de *Realidad*. “Hemos alcanzado un punto —dice— en que el marxismo, que ha sido sin duda en el pasado un elemento propulsor de la vida social, corre el riesgo de convertirse en un impedimento para toda expansión ulterior de ella, y de que, con su

intransigencia dogmática, termine por trabajar a favor de sus enemigos.”

En conjunto, su crítica del marxismo no es demasiado penetrante, pues por un lado incurre en el error de identificarlo con el economismo y, en cambio, no señala fallas de fondo, como su fracaso al intentar un sistema total (el “materialismo dialéctico”), no una mera teoría sociológica o histórica; su contradicción básica al sostener, por un lado, un materialismo determinista consecuente (por más que los marxistas lo llamen “dialéctico”) y, por otro, la libertad del hombre para transformar el mundo, etcétera. Finalmente, es de lamentar que el profesor de Ruggiero no haya analizado la única realización marxista. Nada mejor que ella ilustraría la esencia totalitaria que hay, en germen, en la doctrina marxista; como en todos los sistemas (sistema es totalidad). Marx le recriminaba a su maestro fundamentar filosóficamente el Estado Prusiano; mejor discípulo que crítico, Marx fundamenta filosóficamente el Estado Staliniano. El Estado es, en general, una mala cosa. Pero cuando responde a un sistema filosófico ¡Dios y la Historia de la Filosofía nos salven!

ÍNDICE

<i>Hermann Hesse</i> : El cortaplumas perdido	7
<i>Silvina Ocampo</i> : Canto	13
<i>Vicente Barbieri</i> : Enero de vehemencias	15
<i>Francisco Ayala</i> : El mensaje	19
<i>Robert Hamilton</i> : El desafío de Aldous Huxley: "La filosofía perenne"	54

NOTAS

<i>Alvaro Fernández Suárez</i> : Jean-Paul Sartre y el problema judío ..	74
<i>Dardo Cúneo</i> : Alfonso Reyes: "Grata Compañía"; "Entre Libros"; "Letras de Nueva España"	79
<i>María Rosa Oliver</i> : Christopher Isherwood: "Adiós a Berlín"	82
<i>Eduardo González Lanuza</i> : Hermann Hesse: "Narciso y Goldmundo"	87

ESPECTÁCULOS

<i>Daniel Devoto</i> : La "Historia del Soldado"	90
--	----

CALENDARIO	92
------------------	----

Todos los materiales han sido exclusivamente traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegro o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 246.807
Título de marca N° 229.356*

TABLE

1. The first part of the work is devoted to a general survey of the subject, and to a discussion of the various theories which have been advanced to explain the origin of life.

CONTENTS

1. The first part of the work is devoted to a general survey of the subject, and to a discussion of the various theories which have been advanced to explain the origin of life.

APPENDICES

1. The first part of the work is devoted to a general survey of the subject, and to a discussion of the various theories which have been advanced to explain the origin of life.

1. The first part of the work is devoted to a general survey of the subject, and to a discussion of the various theories which have been advanced to explain the origin of life.

1. The first part of the work is devoted to a general survey of the subject, and to a discussion of the various theories which have been advanced to explain the origin of life.

ESTE CIENTO SETENTA NÚMERO DE "SUR"
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EL DÍA TREINTA
DE DICIEMBRE DE MIL NOVECIENTOS
CUARENTA Y OCHO EN IMPRESIO-
NES EL INDIO, CÓRDOBA 2240,
BUENOS AIRES.